

La engañada

Thomas Mann



Se trata de una novela corta contada desde la perspectiva de Rosalie, una viuda cincuentona, amante absoluta de los prodigios de la Naturaleza, madre de la fría e intelectual Anna y de un chico más joven que apenas participa de la trama. Rosalie ha tenido una existencia tranquila y sin sobresaltos, hasta que, justo después de entrar en el climaterio, su espíritu se revuelve de amor por un norteamericano veinteañero.

Toda la novela relata los vaivenes de esta situación emocional, se destacan los largos contrapuntos con la hija, que expresa otra forma de concebir a la sociedad y el amor.



Thomas Mann

La Engañada

ePub r1.0

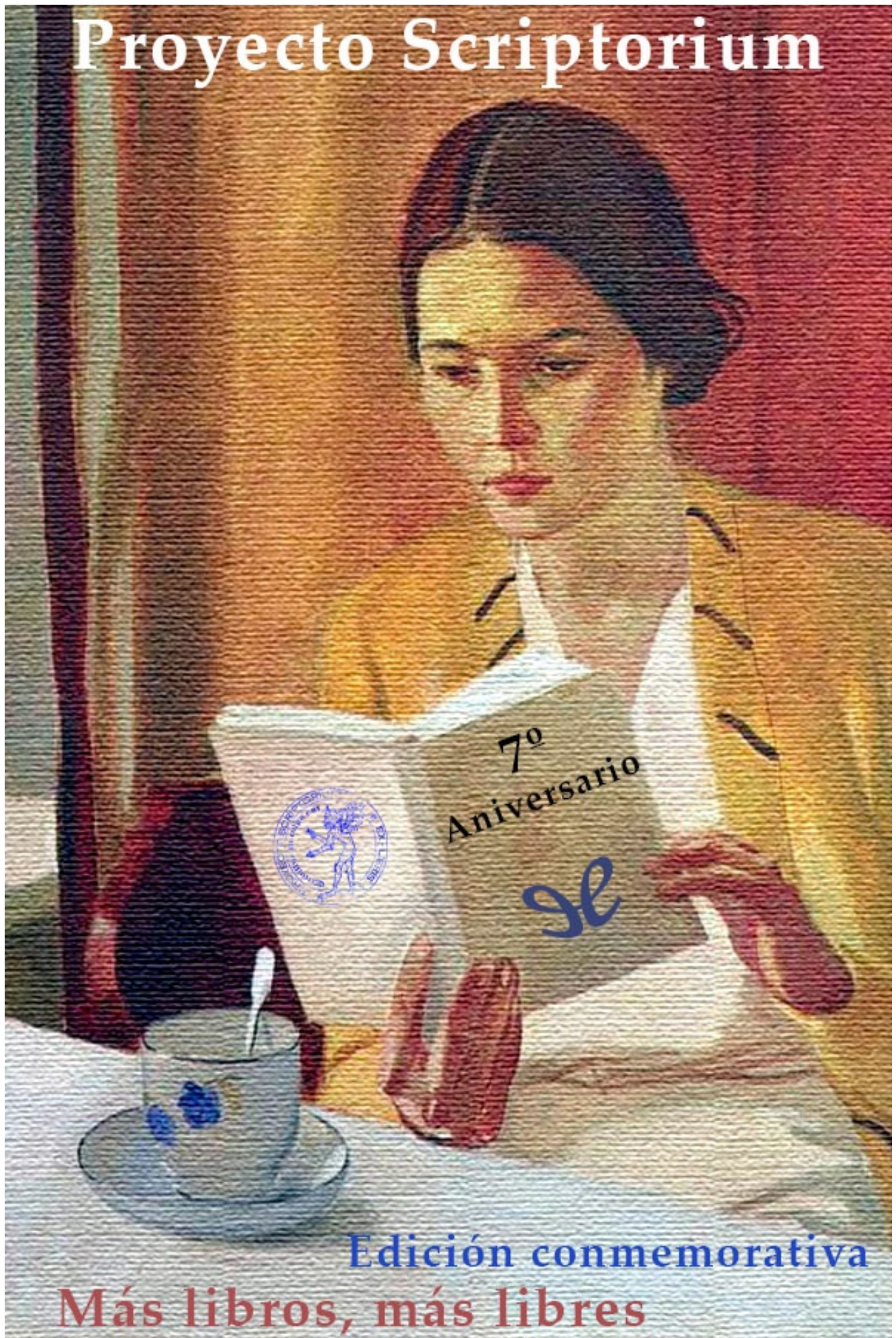
Titivillus 21-04-2020

Título original: *Die betrogene*
Thomas Mann, 1953
Traducción: Alberto Luis Bixio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Proyecto Scriptorium



Edición conmemorativa
Más libros, más libres

I

Alrededor del año 1925 la señora Rosalie von Tümmmler, viuda desde diez años atrás, vivía con su hija Anna y su hijo Eduard en Düsseldorf del Rin en condiciones, si bien no suntuosas, desahogadas. Su marido, el teniente coronel von Tümmmler, había muerto a comienzos de la guerra, no en el combate sino en un accidente automovilístico y de modo por completo insensato, aunque bien podía afirmarse que había perdido la vida en el campo del honor; fue ese un duro golpe que la señora von Tümmmler, de cuarenta años en aquel momento, sobrellevó con patriótica resignación; así había perdido, no sólo al padre de sus hijos, sino también a un amable marido, cuyos frecuentes desvíos de las normas de la fidelidad conyugal sólo constituían manifestaciones de una vitalidad exuberante.

Natural de las provincias renanas por su sangre y su dialecto, Rosalie había pasado los veinte años de su matrimonio en la activa ciudad industrial de Duisburg, donde von Tümmmler tenía su destino militar; pero después de la pérdida del marido se había instalado en Düsseldorf, con su hija de dieciocho años y el hijo, doce años menor que la muchacha, en parte a causa de los hermosos parques que posee esa ciudad (porque la señora von Tümmmler era una apasionada admiradora de la naturaleza), y en parte porque Anna, una muchacha seria, sentía gran inclinación por la pintura y deseaba frecuentar la célebre Academia de Arte. Hacía diez años que la pequeña familia vivía en una calle de villas bordeada de tilos, llamada con el nombre de Peter von Cornelius, donde ocupaba una casita modesta, rodeada por un jardín y adornada con los muebles cómodos, aunque algo pasados de moda, de la época del casamiento de Rosalie; la casa se hallaba hospitalariamente abierta para un pequeño círculo de parientes y amigos, entre ellos profesores de la Academia de Pintura y también de la de Medicina, y una o dos familias de las esferas industriales. Las veladas que allí tenían lugar, si bien siempre dentro de los límites de las diversiones decorosas, dejaban traslucir cierta inclinación al vino, muy propia de las costumbres del país.

La señora von Tümmmler era sociable por naturaleza. Dentro de sus modestas posibilidades la gustaba recibir en su casa. La sencillez y alegría de su temperamento, su cordialidad, de la cual era una expresión el amor a la naturaleza, le conquistaban las simpatías generales. Sin ser alta, poseía una figura esbelta y bien conservada, cabellos abundantes y ondulados, aunque ya francamente grises, y unas manos finas,

si bien envejecidas y descoloridas por el paso de los años, que mostraban ya numerosas y extendidas manchitas, cual las pecas que aparecen en la piel en verano (fenómeno contra cuya aparición no se ha encontrado aún ningún remedio); producía una impresión juvenil, gracias a sus ojos pardos, brillantes y vivaces, precisamente del color de la corteza de las castañas, que resplandecían en un rostro femenino y encantador, de rasgos extremadamente agradables. La nariz poseía una ligera tendencia a enrojecerse, precisamente cuando la señora estaba en sociedad y excitada, defecto que trataba ella de corregir aplicándose un poco de polvos, aunque por lo demás era esta una medida completamente innecesaria puesto que, según la opinión general, el enrojecimiento de la nariz le sentaba maravillosamente.

Nacida en primavera, criatura de mayo, Rosalie había festejado el día en que cumplía sus cincuenta años con sus hijos y diez o doce amigos de la casa, damas y caballeros, sentada a la mesa cubierta de flores del jardín de una hostería iluminada con farolillos de colores y situada en las afueras de la ciudad. Entre el chocar de las copas y los brindis, ya graves ya jocosos, se había manifestado alegre en medio de la alegría general... aunque no sin realizar algún esfuerzo; pues desde hacía bastante tiempo, y precisamente en aquella noche, su salud se veía afectada por cierto fenómeno de crisis orgánica, propio de su edad: la extinción de su condición física de mujer, fenómeno a cuyos progresos respondía ella repetidamente con resistencias psicológicas. Esa crisis orgánica le determinaba estados de ansiedad e inquietud, dolores de cabeza, días de melancolía y una irritabilidad que, aun en aquella noche de festejos, había hecho que algunos de los discursos llenos de humorismo que los caballeros pronunciaron en su honor le parecieran insoportablemente tontos. Había cambiado miradas cargadas de leve desesperación con su hija, quien, como la señora sabía, no tenía necesidad de ninguna disposición especial, aparte de su habitual intolerancia, para encontrar estúpido aquel humorismo inspirado en el ponche.

Era muy aficionada a la hija, a quien la unía una intimidad de confidente y que, llevando tantos años a su hermano, había llegado a ser una verdadera amiga de la madre, que no le ocultaba nada, ni siquiera los malestares de su estado de transición. Anna, que tenía veintinueve años (pronto cumpliría los treinta), se había quedado soltera, circunstancia que Rosalie, por simple egoísmo, ya que prefería mantener a su hija junto a sí, como compañera de su vida doméstica, miraba no sin agrado. De estatura más elevada que la de su madre, la señorita von Tümmler poseía los mismos ojos pardos que aquélla... aunque no precisamente los mismos, puesto que a los de la joven les faltaba la ingenua vivacidad de los maternos; su mirada era más bien fría y reflexiva. Anna nació con un pie contrahecho que, habiéndole sido operado en su infancia sin grandes resultados, la había excluido de la posibilidad de practicar el baile y los deportes; en fin, de participar en la vida de los jóvenes. Una inteligencia excepcional, don natural fortalecido por la desgracia física, hubo de compensarla de todo aquello a que había tenido que renunciar. Sólo con dos o tres horas de enseñanza privada por día había pasado con facilidad los cursos correspondientes al Gymnasium

y aprobado los exámenes finales de competencia; pero luego, lejos de proseguir cursos científicos, se había inclinado por las artes plásticas, primero por la escultura y luego por la pintura, en la cual, aun siendo una joven alumna, había manifestado un extremo intelectualismo que, desdeñando la mera imitación de la naturaleza transfiguraba la impresión sensible de ésta en una severa visión cerebral, simbólicamente abstracta y, a menudo, en un cubismo matemático. La señora von Tümmeler consideraba con cierto atribulado respeto las telas de su hija, en las cuales aparecían unidas las manifestaciones de las tendencias más evolucionadas con las de los primitivos, lo decorativo con lo profundamente intelectual, un sentido muy fino de las combinaciones de los colores con un severo ascetismo de las líneas.

–Es significativo, muy significativo, hija mía -decía la señora von Tümmeler-. El profesor Zumsteg sabrá apreciarlo. El te ha alentado en este modo de pintar; tiene ojos y comprensión para estas cosas; porque verdaderamente se necesita tener ojos y comprensión para apreciar esto. ¿Qué nombre has dado a este cuadro?

–Árboles en una noche de viento.

–Eso da un indicio de lo que has querido representar. ¿Son estos conos y círculos, pintados sobre el fondo verde y amarillo, los árboles? ¿Y estas líneas tan singulares, que se desarrollan en forma de espiral, representan el viento de la noche? Es muy interesante, Anna, muy interesante. Pero, por Dios, hija, ¿qué has hecho de la bella naturaleza? ¡Si, por lo menos una vez, quisieras ofrecernos con tu arte algo que hable al corazón, algo que represente la callada vida de las flores, un ramo de frescas lilas pintado con tanta fidelidad que crea uno estar percibiendo su encantador aroma, y que el vaso que contenga ese ramillete sea una porcelana de Meissen, en la que se vean dos figuras, un caballero que besa la mano de una dama, y que en la mesa todo sea brillante y primoroso...!

–Basta, basta, mamá. Tienes una imaginación extravagante. ¡Pero si ya no se puede pintar así!

–¡Anna, no querrás decirme que, con tu talento, no puedes pintar algo semejante, algo que se dirija al corazón!

–Me interpretas mal, mamá. No se trata de que yo pueda o no hacerlo. Ya no se puede. La época y el estado actual del arte no admiten tales cosas.

–¡Tanto peor y más triste para la época y el arte! No, perdóname, hija, no quise decir eso. Si la vida y el progreso hacen imposible lo que yo digo, no hay nada que lamentar; por el contrario, sería triste quedarse rezagado. Lo comprendo perfectamente. Y también comprendo que es menester tener talento para imaginar y trazar líneas tan significativas como las de tus cuadros. A mí no me dicen nada, pero comprendo claramente que son muy expresivas.

Anna se lanzó a besar a su madre, mientras mantenía apartados de ésta los pinceles mojados y la paleta. Y Rosalie también la besó, sintiéndose feliz de que su hija encontrara en el trabajo de su pintura, por más que a ella le pareciera sin vida,

aunque de todos modos actividad práctica, consuelo y compensación por todo aquello a lo que había tenido que renunciar.

Anna von Tümmler había experimentado muy temprano hasta qué punto su cojear impedía que se desarrollara en el sexo opuesto, con respecto a ella, todo tipo de apreciación sensual, y se había armado contra ese hecho con un orgullo tal que, como suele acontecer, aun en los casos en que algún joven, a pesar de la deformidad de la muchacha, comenzaba a sentir verdadera inclinación por ella, ese sentimiento quedaba sofocado en su origen por obra de su fría incredulidad. Sin embargo, una vez, precisamente después del cambio de residencia, Anna había amado y se había avergonzado profundamente de su pasión, pues el objeto de ésta era la belleza física de un hombre joven, un químico ilustrado que, proponiéndose hacer dinero lo más rápidamente posible por el camino de la ciencia, había pasado de prisa su examen de doctorado y poco después lograba ocupar una posición prominente y lucrativa en la fábrica de productos químicos de Düsseldorf. Era moreno, y su belleza viril, junto con una naturaleza franca, que le conquistaba aun la simpatía de los hombres, y la eficacia y aplicación de que había dado pruebas, lo convirtieron en el objeto del entusiasmo de todas las muchachas y señoras de la sociedad de la ciudad; tanto las jovencitas como las maduras se sintieron arrebatadas por él. Y la dolorosa vergüenza de Anna estribaba en haber sucumbido donde todas las demás sucumbían, en verse condenada por sus sentidos a un sentimiento que en todas alentaba y contra cuya profundidad luchaba en vano, tratando de mantener incólume su dignidad femenina.

Por lo demás, el doctor Brünner (que así se llamaba aquel joven), precisamente porque se sabía práctico y ambicioso, manifestaba cierta afición por las cosas elevadas y procuraba con frecuencia charlar con la señorita von Tümmler. Cuando se encontraban en sociedad hablaba con ella de literatura y arte y, convirtiendo su voz insinuante en un susurro, le hacía divertidas observaciones sobre esta o aquella de las admiradoras que se lo disputaban y parecía querer sellar con Anna una especie de pacto contra las cargosas y livianas mujeres a las que ninguna deformidad había afinado la inteligencia. Por su parte, él no parecía tener la menor idea de lo que le ocurría a Anna ni de la dolorosa dicha que le procuraban sus burlonas observaciones sobre las otras mujeres, sino que tan sólo parecía buscar y encontrar en su inteligente amiga protección contra las persecuciones amorosas de que era víctima y una estima que, por la visto, le era valiosa. Para Anna la tentación de concedérsela había sido grande y profunda, aun sabiendo que lo único que la movía a ello era el deseo de disimular su debilidad por el encanto masculino de Brünner. Con dulce espanto comprobó que la asiduidad del joven iba tomando visos de verdadero galanteo y de una propuesta en regla. Y Anna no pudo dejar de confesarse que irremisiblemente se habría casado si él hubiera pronunciado al respecto una palabra decisiva. Pero Brünner no pronunció nunca aquella palabra. Su gusto por las cosas elevadas no bastó para hacerle pasar por alto el defecto corporal de la joven ni tampoco su modesta dote. Pronto se había alejado de ella y casado con la acaudalada hija de un

fabricante de la ciudad de Bochum, en cuyo establecimiento químico Brüner ocupó una importante posición, para desdicha y pena del mundo femenino de Düsseldorf y alivio de Anna.

Rosalie estaba enterada de esa dolorosa experiencia de su hija y lo mismo se habría enterado aun cuando Anna no se hubiera arrojado un día, en un acceso de incontenible emoción, al pecho de su madre y no hubiera vertido amargas lágrimas a causa de lo que llamaba su vergüenza. La señora von Tümmler, si bien no muy aguda en otras cuestiones, poseía un excepcional don, por entero exento de malicia, para comprender, por simpatía y compenetración, todo lo concerniente a las mujeres, tanto lo psíquico como lo fisiológico, todo aquello con que la naturaleza agobia a la mujer; de esta suerte, difícilmente se le escapaba alguna circunstancia o acontecimiento de ese tipo que tuviera lugar dentro del círculo de sus amistades. Por una sonrisa íntima, presuntamente inadvertida, por el rubor de un rostro o el brillo de unos ojos, Rosalie sabía que tal muchacha estaba enamorada de tal joven y confiaba sus descubrimientos a su hija, que no sabía nada de ello ni tenía deseo alguno de enterarse. Instintivamente, ora con placer, ora con pena, sabía muy bien cuándo una mujer se hallaba satisfecha con su marido y cuándo no. Reconocía con infalible seguridad un estado de embarazo desde su fase inicial y, como en tales casos se trataba de un orgulloso triunfo de la naturaleza, se expresaba espontáneamente en su dialecto y decía: *Da is wat am kommen* (Algo está en camino). Se alegraba cuando veía a Anna ayudar a hacer las tareas escolares al hermano menor, que cursaba entonces las últimas clases del Gymnasium, porque, en virtud de una sagacidad psicológica tan ingenua como certera, adivinaba la satisfacción que consciente o inconscientemente procuraba a la muchacha coja ese pequeño servicio que revelaba su superioridad con respecto al sexo masculino.

No puede decirse que Rosalie se interesara particularmente por su hijo, un muchacho alto y pelirrojo, muy parecido al difunto padre, y por lo visto poco dotado para cultivar las disciplinas clásicas, pues soñaba con la construcción de puentes y caminos y, según decía, aspiraba a ser ingeniero. Cuanto la madre le manifestaba era una fría amabilidad, sólo superficial y expresada sobre todo por conservar las formas. En cambio, la única verdadera amiga de Rosalie era la hija, de quien pendía su pensamiento. En virtud de la reserva de Anna, bien habría podido calificarse de unilateral la relación de confianza que existía entre ambas mujeres si la señora no hubiera conocido todos los detalles de la vida emocional de su reprimida hija, la orgullosa y amarga resignación de su alma. De tal conocimiento, la madre había derivado el derecho y el deber de manifestarse ella misma, ante la muchacha, sin ninguna reserva.

Por eso aceptaba con imperturbable buen humor las sonrisas, a veces tiernamente indulgentes o tristemente irónicas, y aun en ocasiones levemente penosas, de su hija y confidente; y se sentía benévolamente gozosa cuando Anna la trataba con simpatía, y dispuesta a reírse de su propia sencillez de corazón, persuadida de que ello era justo y

placentero; y como se reía de sí misma, lo hacía también de la expresión sardónica del rostro de Anna. Así sucedía, con frecuencia, especialmente cuando Rosalie daba rienda suelta a su fervor por la naturaleza, hacia la cual procuraba continuamente inclinar a la intelectual muchacha. No es posible expresar hasta qué punto Rosalie amaba la primavera, su estación, en la cual había nacido y que, según no dejaba de manifestar, siempre le había comunicado, de modo enteramente personal, misteriosas corrientes de saludable alegría de vivir. Cuando los pájaros comenzaban a cantar, en medio del suave aire primaveral, el rostro de Rosalie se ponía radiante. Cuando en el jardín las primeras flores de azafrán, los narcisos, los jacintos y los tulipanes brotaban y luego lucían en los arriates que circundaban la casa, aquella buena alma derramaba lágrimas de regocijo. Las amables violetas que florecían a lo largo de las carreteras que atravesaban las campiñas, las doradas flores de las retamas, los espinos rojos y blancos, y sobre todo las flores de saúco y el modo con que abrían sus brotes los castaños, blancos y rojos, todas esas cosas tenía que admirar Anna compartiendo el éxtasis de su madre. Ésta iba a buscarla a la habitación orientada hacia el norte, que se había dispuesto como estudio de pintura, y la arrancaba de las abstracciones de su arte; entonces Anna, con una complaciente sonrisa, se quitaba la blusa de pintora y acompañaba a Rosalie, durante largas horas, en sus paseos; porque la muchacha tenía una sorprendente resistencia para andar a pie y, si bien en sociedad procuraba disimular su cojera moviéndose lo menos posible, cuando se veía libre y podía cojear a sus anchas era notable su vigor.

¡Qué tiempo hechicero aquel de la estación en que los árboles florecen, en que los caminos adquieren poesía, en que el amado y familiar paisaje de los paseos se engalana de encantadores colores, promesas blancas y rosáceas del fruto! Desde las espigas en flor de los altos álamos blancos que bordeaban el curso de agua a lo largo del cual ambas mujeres solían pasearse, caía cual nieve el polvillo del polen y cubría todo el suelo; y Rosalie, embelesada y dueña de muchos conocimientos de botánica, explicaba que los álamos eran vegetales dioicos, que cada ejemplar tenía únicamente flores de un solo sexo; unos, flores machos, y otros, flores hembras. Discurría placentera hablando a su hija de la diseminación del polen o, mejor dicho, del amable servicio que prestaba el céfiro a las criaturas de los campos, al llevar obligadamente el polen al estigma femenino que aguardaba casto; procedimiento de fecundación que Rosalie consideraba particularmente encantador.

La estación de las rosas la colmaba enteramente de dicha. En su jardín, ella misma cuidaba a la reina de las flores y la protegía solícitamente, por los habituales procedimientos de jardinería, de los insectos que pudieran dañarla; y durante todo el tiempo que duraba aquella gloria había siempre ramilletes de rosas frescas en los estantes y en las mesillas de su gabinete tocador; pimpollos, botones, y rosas completamente abiertas, rojas (pues las blancas no le gustaban), rosas de su propio jardín o bien obsequios de las amigas que la visitaban y que conocían su pasión. Rosalie, con los ojos cerrados, hundía el rostro en el ramo de rosas que le presentaban

y, cuando después de un largo rato, levantaba la cabeza, aseguraba que aquello era el perfume de los dioses y que, cuando Psique se inclinó con la lámpara en la mano sobre el dormido Amor, seguramente el aliento de éste, sus rizos y mejillas, le habían colmado la dulce naricilla con ese aroma. Ese era el aroma del cielo y Rosalie no abrigaba la menor duda de que los espíritus bienaventurados que moraban allá arriba aspirarían el perfume de las rosas por toda la eternidad. A esto Anna replicaba escépticamente que, oliendo ese perfume con tanta frecuencia, se acostumbraría uno tanto a él que ya no lo percibiría. Pero la señora von Tümmler la regañaba por aquellas palabras que revelaban una conciencia impropia de su edad. Ya en tren de mofarse de cualquier cosa, añadía, podía aplicarse igualmente ese argumento a la bienaventuranza; pero la dicha, por ser inconsciente, no dejaba por eso de ser dicha. Esta fue una de las ocasiones en que Anna dio a su madre un beso de tierna indulgencia y reconciliación; luego ambas rompieron a reír.

Rosalie nunca usaba perfumes o esencias fabricadas, salvo la única excepción de un poco de fresca agua de colonia, que compraba en la perfumería de Farina, situada en la Jülichplatz. Pero amaba, más allá de toda medida, y aspiraba, agradecida, profundamente y con extremo fervor sensual, todo cuanto la naturaleza ofrece para deleite de nuestro sentido del olfato: aromas dulces, acres y hasta los cálidos y turbadores. Cuando paseaban por la campiña, lo hacían siempre por un lugar que presentaba un declive del terreno; era una larga depresión de tierra, cual un barranco, cuyo fondo estaba densamente cubierto por arbustos de jazmines y alisos. En los cálidos y húmedos días de junio que amenazan tormenta, subían de allá abajo oleadas de un aroma cálido y turbador. A pesar de que a Anna tales efluvios solían producirle jaqueca, acompañaba hasta allí a su madre, una y otra vez. Rosalie aspiraba gozosa las vaporosas oleadas, se detenía, volvía a ponerse en movimiento, volvía a detenerse, se inclinaba sobre el barranco y exclamaba:

–¡Hija, hija, qué maravilla! Este es el aliento de la naturaleza, este es el aliento vivo de la naturaleza, calentado por el sol y embebido de humedad, y que ella tan deliciosamente nos envía desde su seno. Gocémoslo, reverenciándolo, pues también nosotros somos sus criaturas.

–A lo menos tú sí lo eres, mamá -dijo Anna tomando del brazo a la embelesada mujer y apartándola de allí, cojeando-. A mí me gusta menos que a ti; esa mezcla de olores me oprime las sienes.

–Sí, porque estás contra la naturaleza -replicó Rosalie- y no le rindes ningún homenaje con tu talento, sino que, por obra de tu arte, deseas colocarte por encima de ella, convertirla en un mero tema del intelecto, como tú misma te jactas de hacerlo, y transfigurar tus percepciones sensibles en Dios sabe qué... en pura frialdad. Yo te respeto, Anna; pero si estuviera en el lugar de la querida naturaleza, sin duda me ofendería con vosotros, los artistas.

Y entonces le propuso seriamente que, si su arte tenía que ser absolutamente abstracto y transpositivo, por lo menos intentara una vez expresar en colores los aromas de la naturaleza.

Se le había ocurrido esta idea en julio, cuando florecen los tilos, que era para ella la época favorita del año: durante una o dos semanas las avenidas, bordeadas de árboles, colmaban toda la casa, a través de sus ventanas abiertas, con el aroma indescritiblemente puro, suave y mágico de su floración tardía; y la sonrisa de embeleso en ningún momento se borraba de los labios de Rosalie. Fue entonces cuando dijo:

–Esto es lo que los artistas deberían pintar; trata de aplicar tu arte a esto. Supongo que no deseáis desterrar enteramente a la naturaleza del arte; porque, en rigor de verdad, siempre partís de la naturaleza para llegar a vuestras abstracciones, y tenéis necesidad de algo sensorial para poder transponerlo al plano intelectual. Ahora bien, los olores, si es lícito que lo diga así, constituyen algo sensorial y abstracto al propio tiempo; no los vemos, pero nos hablan de modo etéreo. Debería fascinarte la idea de transmitir una dicha invisible al sentido de la vista, sobre el cual, después de todo, descansa el arte de la pintura. Vamos, procura hacerlo. ¿De qué vale entonces vuestra paleta de pintores? Mezcla en tu paleta las felices sensaciones y llévalas a la tela como goce cromático; ponle como título, Aroma de los tilos, para que el espectador sepa qué era lo que te proponías representar.

–Pero, querida mamá, eres asombrosa -replicó la señorita von Tümmeler-. ¡Planteas problemas que a ningún maestro de pintura se le ha ocurrido plantear! ¿No comprendes que eres una romántica incorregible, al hablarme de tu mezcla cinestésica de impresiones sensoriales y de transformación mística de los olores en colores?

–Admito que merezco tu erudita mofa.

–No, no eres merecedora de ninguna mofa -replicó Anna vehementemente.

Pero durante un paseo que realizaron a mediados de agosto, una tarde de mucho calor, les ocurrió algo singular que bien podía considerarse una mofa.

Mientras andaban por la campiña, bordeando el lindero de un bosque, percibieron de pronto un olor a almizcle, al principio tenue, pero luego cada vez más intenso. La primera en olerlo fue Rosalie, que exclamó:

–¡Ah!, ¿de dónde viene esto?

Anna percibió pronto aquel olor.

–Sí, también yo lo siento; es un olor como el de los perfumes de almizcle. Sí, es un olor inconfundible.

Unos pasos más bastaron para que descubrieran su fuente, la más repugnante que pudiera imaginarse. Al borde del camino, y bajo el calcinante sol, se veía un montón de inmundicias rodeado por una nube de moscas verdes, que ambas mujeres

preferieron no investigar de más cerca. Había allí una porción de excrementos animales, o tal vez humanos, restos de vegetación pútrida y el cuerpo, en avanzado estado de descomposición, de algún animalillo del bosque, confundido con todo aquello, en suma, nada podía ser tan repugnante como aquel prolífico cúmulo de inmundicias; pero sus efluvios, que atraían por centenares a las moscas, no podían llamarse, en su ambivalencia, nauseabundos, sino que indudablemente componían el olor del almizcle.

–Salgamos de aquí –exclamaron simultáneamente las dos mujeres, y Anna, arrastrando su pie del modo más vigoroso posible, se colgó del brazo de la madre. Por un rato permanecieron silenciosas, como si cada cual tuviera que digerir la extraña impresión para sí misma. Por último, Rosalie dijo:

–Esto explica por qué nunca me gustó el almizcle. No logro comprender por qué alguna gente lo usa como perfume. Según creo, la algalia es de esta misma naturaleza. Las flores nunca huelen así; en las clases de historia natural me enseñaron que muchos animales la segregan de ciertas glándulas: las ratas, los gatos, el gato de algalia, el almizclero. En *Kabale und Liebe* de Schiller, aparece un hombre, un cortesano adulador, absolutamente tonto, del cual se dice que se presenta chillando y difundiendo un intenso olor a almizcle por todo el escenario. ¡Cuánto me ha hecho reír siempre ese pasaje!

Y así ambas mujeres se serenaron. Rosalie era todavía capaz de emitir la cálida risa que le surgía a borbotones del corazón, aun en ese período en que los desequilibrios orgánicos de su edad, la espasmódica desintegración y extinción de su condición femenina, la turbaban psíquica y fisiológicamente. La naturaleza le había concedido un amigo que se encontraba muy cerca del hogar de Rosalie, en un ángulo del jardín público al cual se llegaba por la calle Malkasten. Se trataba de una vieja encina solitaria, nudosa y áspera, que exhibía parcialmente sus raíces y cuyo tronco encorvado se dividía, a una altura moderada, en gruesas ramas torcidas que a su vez se ramificaban en nudosos renuevos. En algunos lugares el tronco estaba hueco y había sido rellenado con cemento; la administración del parque había hecho algo por conservar aquel árbol centenario. Pero habían muerto muchas de sus ramas, en las cuales ya no brotaban hojas, y que se elevaban hacia el cielo como garras desnudas y encorvadas; otras sólo presentaban algunas escasas hojas diseminadas en lo alto del árbol, donde cada primavera renacía algo de verde, en las dentadas y lobuladas hojas que, agrupándose victoriosas en la alta copa, siempre habían sido consideradas sagradas. Rosalie quedaba extasiada contemplando aquel árbol; desde el nacimiento del primer brote seguía paso a paso el proceso de floración y de crecimiento del follaje, en aquellas ramas y tallos de la encina por los que todavía corría la vida, y, día a día, participaba de tal espectáculo, con cariñoso interés. Cerca del árbol Anna y Rosalie se sentaron en un banco que había junto al borde de la espesura.

–¡Viejo valiente! – exclamó Rosalie-. ¿Puedes mirarlo sin sentirte conmovida? Mira cómo está allí erguido, resistiéndolo todo; mira esas raíces, gruesas como un brazo, que se extienden por la tierra y anclan en el nutritivo suelo. Han pasado muchas tormentas y sobrevivirá aun a muchas más. No sucumbiré a ellas. Hueco, relleno con cemento, ya no puede producir un follaje completo; pero, cuando le llega la hora, la savia vuelve a correr por él, aunque no por todas partes. De todos modos consigue exhibir algo de verde y la gente lo respeta y aprecia su valentía. ¿Ves allá arriba aquel brote de hojillas que el viento sacude? En torno de él ya no se ve nada verde, pero aquel tallito salva el honor.

–Desde luego, mamá. Es muy digno de respeto, como tú dices -la interrumpió Anna-; pero si a ti no te importa, preferiría volver ahora a casa. Siento dolores.

–¿Dolores? Pero sí, hija querida, ¿cómo pude olvidarlo? Me reprocho el haberte traído conmigo. Me quedo contemplando a este viejo compañero y no reparo en que tú estás retorciéndote de dolor en el banco. Perdóname. Tómate de mi brazo y marchemos.

La señorita von Tümmler padecía vivos dolores corporales poco antes de sus períodos de menstruación; no se trataba de nada grave, sino sencillamente, como los médicos lo habían establecido, de una ligera deficiencia constitucional que era menester aceptar. Por eso, en el corto trayecto que las separaba de la casa, Rosalie dirigió a su hija dolorida palabras suaves y reconfortantes, amables y bien intencionadas, y además, y esto particularmente, llenas de cierta envidia.

–¿Recuerdas? – le dijo-. Lo mismo sucedió la primera vez, cuando no eras más que una niña; y cuando te ocurrió esto viniste a contármelo atemorizada. Entonces te expliqué que se trataba de un fenómeno natural y necesario y que más bien había que alegrarse de lo que, a decir verdad, es una especie de día de gloria, porque venía por fin a manifestarse que te habías convertido en mujer. Ciertamente es que, antes de que se produzca, padeces dolores; bien sé que este no es un proceso estrictamente necesario; yo nunca los tuve, pero es frecuente que así ocurra. Aparte de ti conozco a dos o tres mujeres que también sufren dolores en estas ocasiones. Y entonces me digo: Dolores *à la bonne heure*, porque para nosotras, las mujeres, los dolores son algo distinto de lo que son en otras criaturas de la naturaleza, y sobre todo en los hombres. Los hombres no sienten ningún dolor, excepto cuando están enfermos, y la verdad es que los soportan muy mal. Aun von Tümmler, tu padre, los sobrellevaba muy mal, tan pronto como los sentía en alguna parte de su cuerpo. Y no olvides que era un oficial y que murió como un héroe. Nuestro sexo se conduce de modo distinto respecto del dolor. Lo soportamos con mayor paciencia; somos víctimas sufridas, nacidas para el dolor, por así decirlo. Porque, considera que después de todo las mujeres conocemos el dolor sano y natural, el dolor ordenado por Dios, el sacro dolor del alumbramiento que es algo que les está negado a los hombres. Los hombres, esos tontos, se horrorizan al oír nuestros gritos lanzados a medias inconscientemente, se hacen

reproches y se llevan las manos a la cabeza, siendo así que nosotras, en medio de todos nuestros gritos, en el fondo nos estamos riendo de ellos. Cuando te traje al mundo, Anna, aquello fue muy duro. Desde los primeros dolores, hasta que tuvo lugar el nacimiento, transcurrieron treinta y seis horas que Tümmmler pasó recorriendo la casa de un extremo a otro, con las manos en la cabeza; sin embargo, aquella era una gran festividad de la vida y no era yo misma la que gritaba sino que ella gritaba. Sí, era un sagrado éxtasis del dolor. Con Eduard no lo pasé ni la mitad de mal, aunque para un hombre habrían sido dolores mas que suficientes; nuestros señores y amos no querrían por cierto participar de ellos. Mira, los dolores son habitualmente los avisos que la naturaleza, siempre benigna, nos da de que una enfermedad se está desarrollando en nuestro cuerpo. ¡Hola -nos dice-, aquí hay alguna cosa que no está en regla! Haz algo contra eso; no tanto contra el dolor mismo sino contra lo que él está indicando. También en nuestro caso hay algo de eso y, desde luego, que tiene un significado. Sin embargo, como tú sabes, los dolores que preceden a tu período menstrual no tienen ese sentido ni te dan aviso de nada. Es un juego entablado entre las distintas clases de los dolores de la mujer, y como tal es honroso. Debes pues considerarlo como un acto de la vida de las mujeres. Mientras seamos tales, es decir mujeres, no ya niñas ni aun ancianas incapaces, siempre se repite un fluir intensificado de la sangre de la vida en nuestros órganos de madres, por el cual la buena naturaleza los prepara para recibir el huevo fecundado y, si verdaderamente hay uno, como, después de todo, aun en mi larga vida hubo de ocurrir sólo dos veces y con un largo intervalo entre una y otra, nos quedamos embarazadas. ¡Dios, qué gozosa sorpresa cuando me faltó por primera vez el período menstrual, hace ya más de treinta años! Eras tú, hija mía, aquello con que yo estaba bendecida, y aún recuerdo cómo se lo comuniqué a Tümmmler ruborizada y apoyando mi cabeza en la suya; le dije, en voz muy baja: Robert, ha ocurrido. Todos los síntomas lo dicen. Me ha tocado el turno; *da is wat am kommen...* (algo está en camino).

–Querida mamá, hazme únicamente el favor de no hablar en el dialecto renano; en este momento me irrita.

–¡Oh, perdóname, corazón! Irritarte es lo único que no se me habría ocurrido hacer. Lo dije así porque aquella vez, en mi bienaventurada confusión, efectivamente le hablé a von Tümmmler en dialecto. Y, en fin, estamos hablando de cosas naturales, ¿no es cierto?, y a mi juicio la naturaleza y el dialecto tienen una relación íntima, así como la naturaleza y el pueblo; si digo algo insensato, corrígeme, puesto que eres mucho más inteligente que yo. Sí, eres inteligente, y sin embargo como artista no te llevas bien con la naturaleza, sino que pretendes trasponerla a un plano intelectual, reducirla a cubos y espirales. Y puesto que estábamos hablando de cosas afines, me pregunto ahora si no tendrá alguna relación también tu actitud orgullosamente intelectual respecto de la naturaleza, con los dolores que ella te causa en los momentos que preceden a tu período menstrual.

–¡Pero mamá! – exclamó Anna sin poder contener la risa-. ¡Me regañas porque soy intelectual, y tú misma propones insostenibles teorías intelectuales!

–Si consigo distraerte un poco, hija, la más ingenua de las teorías me parecerá buena. Pero lo que te decía acerca de los dolores femeninos lo creía seriamente; quería aliviarte. Tienes que estar alegre y orgullosa con tus treinta años, porque este es el momento en que tu sangre adquiere todo su vigor. Créeme que me sentiría gozosa de poder experimentar los dolores corporales que te afligen. Pero, desgraciadamente, ya se me ha pasado el tiempo de tales cosas; ese fenómeno se hizo cada vez más raro e irregular y, por fin, desde hace ya dos meses, no se ha verificado en mí. Ah, ya no me ocurre lo que es propio de las mujeres, como dice la Biblia, según creo, refiriéndose a Sara; sí, Sara, en la que se dio un milagro de fructificación. Pero esa no es más que una historia piadosa de las que hoy ya no tienen lugar. Cuando no nos ocurre lo que es propio que le ocurra a una mujer, ya no somos ni siquiera mujeres, sino tan sólo gastadas cubiertas secas de mujer, inútiles y excluidas de la naturaleza. Hija querida, créeme que esto es muy amargo. Pienso que con los hombres ocurre habitualmente de modo distinto, pues lo sexual dura en ellos mientras están vivos. Conozco a algunos que todavía a los ochenta años no dejan tranquila a ninguna mujer. Tümmler, tu padre, era uno de éstos, si bien hubo de aparentar que no veía esas cosas, cuando ya era él teniente coronel. ¿Qué son cincuenta años para un hombre? Si tiene algún temperamento, esos cincuenta años no le impiden ser un conquistador, y muchos con las sienes ya grises, tienen fortuna con muchachas muy jóvenes. Pero a nosotras nos está concedido desplegarlos como mujeres, en cuanto a la vida de nuestra sangre femenina, sólo hasta los treinta y cinco años; a esa edad alcanzamos la plenitud de seres humanos, pero cuando llegamos a los cincuenta tenemos que retirarnos, se extingue nuestra capacidad de engendrar y, frente a la naturaleza, no somos más que trastos viejos.

A estas duras palabras Anna respondió lo contrario de lo que otras mujeres, con pleno derecho, habrían contestado. Dijo:

–Según hablas, mamá, y por el modo en que parece rechazar la dignidad que es propia de una mujer madura, cuando ha llenado su vida, me haces pensar en que no comprendes que la naturaleza, a la cual tú amas por encima de todo, transfiere a esa mujer a una nueva condición, apacible, honrosa y más amable, en la cual aún puede continuar dando y constituir algo muy importante, tanto para su familia como para aquellos que no están muy próximos a ella. Dices que envidias a los hombres porque la vida sexual de éstos está menos estrictamente limitada que la de las mujeres, pero dudo de que en ello haya algo que respetar, de si existe un motivo para envidiarlos. De todos modos, piensa que, en los pueblos civilizados, siempre se ha rendido a la matrona los honores más cumplidos, que se la ha considerado aun como algo sagrado, y sagrada te consideraremos en la dignidad de tu vejez querida y encantadora.

–Querida -dijo Rosalie, atrayendo junto a sí a Anna, mientras caminaban-, hablas de modo tan inteligente y reflexivo, a pesar de tus dolores, que me siento avergonzada. Yo quería consolarte y ahora ocurre que eres tú quien consuela a su tonta madre por sus indignas tribulaciones. Pero créeme, hija querida, que la dignidad y la resignación son cosas difíciles de lograr, muy difíciles. Mira, hija, ya lo es sólo para el cuerpo, que tiene que adaptarse a un nuevo estado; y esto por si mismo constituye suficiente tormento. Y además, cuando se posee un ánimo que no quiere saber mucho de dignidad ni de la honrosa condición de matrona y que se rebela contra la aridez del cuerpo, la resignación comienza a resultar verdaderamente dura. Lo más difícil es que el alma se acomode a la nueva constitución del cuerpo.

–Desde luego, mamá, lo comprendo perfectamente. Pero, mira, cuerpo y alma son una misma cosa; lo psíquico no es menos naturaleza que lo físico. La naturaleza abarca también lo psíquico, de manera que no tienes que temer que tu alma deje de armonizar por mucho tiempo con los cambios de tu cuerpo. Tienes que considerar lo psíquico como una emanación de lo corporal, y si tu pobre alma se siente cargada con la difícil tarea de ajustarse a la cambiada vida del cuerpo, pronto comprenderás que, en realidad, nada tiene que hacer sino dejar que el cuerpo cumpla su obra sobre sí mismo y también sobre el alma, con arreglo a su propio estado.

La señorita von Tümmler sabía muy bien por qué decía estas cosas, pues por la época en que Rosalie le había hecho tales confianzas, se veía con frecuencia en la casa un nuevo rostro, y a las observaciones silenciosas y aprensivas de Anna no se le habían escapado las consecuencias de la situación embarazosa que se estaba preparando.

El nuevo rostro, enteramente vulgar, según le parecía a Anna, ni siquiera de expresión inteligente, pertenecía a un joven llamado Ken Keaton; era él un hombre de veinticuatro años de edad, norteamericano, que había llegado a Europa con motivo de la guerra y que, haciendo algún tiempo que residía en la ciudad, daba en distintas casas lecciones de inglés, o bien mantenía conversaciones en ese idioma, con las mujeres de ricos industriales, a cambio de ciertos honorarios. Eduard, que cursaba el último año del Gymnasium, había oído hablar de este joven en Pascuas y rogado a su madre que contratara al señor Keaton para que por las tardes, varias veces a la semana, le enseñara el inglés. Porque, a decir verdad, el Gymnasium le había ofrecido amplios conocimientos de griego y latín, y afortunadamente también suficientes matemáticas, pero no el idioma inglés, que, en el fondo, le parecía muy importante a los efectos de su futura carrera. Tan pronto como hubiera terminado con todos esos aburridos estudios humanistas, deseaba ingresar en el Politécnico, y al terminar sus estudios allí proyectaba completarlos en Inglaterra o tal vez en El Dorado de la técnica, los Estados Unidos. Por eso se sintió dichoso y agradecido cuando su madre, accediendo a la claridad y firmeza de la voluntad de Eduard, se mostró dispuesta a complacer sus deseos; y las lecciones que le daba Keaton los lunes, miércoles y sábados lo llenaban de placer porque, aparte de ajustarse a sus futuros proyectos,

resultaba también divertido aprender desde el principio una nueva lengua como si se tratara de un abecedario o de la cartilla de los niños: vocablos de ortografía a menudo peregrina, de pronunciación verdaderamente extraordinaria, en la cual Ken, al hacer nacer sus eses de un lugar de la garganta más profundo que aquel en que nacían las del dialecto renano, y al articular el sonido de las erres haciendo rodar la lengua hasta los alvéolos, parecía, en las exageraciones de su enseñanza, burlarse cómicamente de la lengua materna.

–«*Scrr-ew the top on*», decía, «*I sll-ept like a top*». «*Alfred is a tennis playerr. His shoulders are thirty inches brr-ooadd*».

II

Eduard se reía, divertido, durante aquella hora y media que duraba la lección de Alfred, el jugador de tenis de anchas espaldas en cuyo honor se decían muchas cosas con el mayor empleo posible de *though, thought, thought y tough*. Mas con todo hacía grandes progresos, precisamente porque Keaton no era un maestro profesional, sino que seguía un método muy libre, que consistía en improvisar sobre cualquier cosa que se le ocurriera en el momento y luego practicar con el vocabulario adquirido, empleando frases hechas y expresiones idiomáticas, con lo cual iniciaba a su alumno, que no deseaba otra cosa, en los secretos de su propio modo de hablar, cómodo y humorista, pero fluido.

La señora von Tümmler, atraída por el alegre bullicio que reinaba en la habitación de Eduard, se llegaba a menudo hasta los jóvenes y participaba algo del animado curso de conversación. Se reía de corazón con ellos, a causa de Alfred, *the tennis play-err*, y encontraba cierta semejanza entre éste y el joven profesor de su hijo, especialmente en lo que se refería a las anchas espaldas, pues también Ken las tenía espléndidamente desarrolladas. Poseía además espeso pelo rubio y un rostro, si bien no particularmente hermoso, sin embargo agradable, por su cándida y cordial expresión infantil, a la cual sus rasgos, levemente anglosajones, daban un aire algo insólito; además, un cuerpo notablemente bien desarrollado, lo cual se echaba de ver a pesar de las ropas flojas y amplias que usaba; las piernas largas y las caderas estrechas daban la impresión de fuerza juvenil. También poseía manos admirablemente bien cuidadas; en la izquierda llevaba un anillo no demasiado llamativo. Sus maneras sencillas, perfectamente libres, aunque no rudas, su ridículo alemán, cuya pronunciación era innegablemente inglesa, así como la de las palabras francesas e italianas que usaba (pues había estado en muchos países europeos), todo eso gustaba mucho a Rosalie; le encantaba, sobre todo, la gran naturalidad del joven, de suerte que, primero de vez en cuando, y por fin regularmente, después de las horas de lección, hubiera ella asistido o no a la clase, lo invitaba a comer. En parte, el interés que le despertaba el joven se debía a haber oído que obtenía grandes éxitos con las mujeres. Teniendo presente tal pensamiento, Rosalie lo examinaba y encontraba que se trataba de un rumor no del todo incomprensible, aunque, a decir verdad, el muchacho no era particularmente de su gusto cuando, por ejemplo, después de emitir un pequeño eructo en la mesa, se llevaba la mano a la boca y decía:

Pardon me, cosa que hacía indudablemente con la intención de guardar las formas, pero que, después de todo, llamaba innecesariamente la atención sobre el hecho.

Ken, como él mismo hubo de contar durante una comida, había nacido en una pequeña ciudad de uno de los estados del Este, donde su padre desempeñó distintos oficios; fue una vez corredor de comercio, otra administrador de una estación de servicio para automóviles, y, de cuando en cuando, lograba hacer algún dinero con operaciones de bienes raíces. Ken había cursado la *high school* donde, si había de creerse a sus palabras, no se aprendía absolutamente nada, según los conceptos europeos, como agregaba con respeto. Luego, sin pensarlo demasiado, aunque con el proyecto de aprender algo más, había ingresado en un colegio de Detroit, en Michigan, donde se pagó los estudios con el trabajo de sus manos, desempeñando funciones de lavaplatos, cocinero, camarero y jardinero del colegio. La señora von Tümmmler le preguntó cómo había conseguido, a pesar de todo eso, conservar unas manos tan blancas, bien podría decirse aristocráticas, y el joven explicó que, cuando realizaba trabajos rudos, siempre llevaba puestos unos guantes; aunque en la parte superior del cuerpo llevara sólo una camisa de polo de mangas cortas o sencillamente nada, nunca le habían faltado los guantes. En Estados Unidos muchos, por no decir la mayor parte de los obreros, usaban guantes mientras cumplían sus tareas; por ejemplo, los obreros de la construcción, que lo hacían para evitar que sus manos se volvieran las de un rudo proletario. De esta suerte conseguían tener las manos de un amanuense de abogado y lucir un anillo. Rosalie alabó aquella costumbre, pero Keaton no compartió su opinión. ¿Costumbre? La palabra era demasiado buena para designar tal cosa; no podría llamársela costumbre en el sentido de las antiguas costumbres populares europeas -solía decir continental por europeo-: por ejemplo, una antigua costumbre popular alemana era la de la varilla de la vida, según la cual en la noche de Navidad y en la fiesta de Pascua los mozos, armados con verdes varillas de mimbre y de abedul, vapuleaban a las muchachas (las salpimentaban o las azotaban, como ellos decían) y también al ganado y a los árboles, para infundirles salud y fertilidad; sí, eso era una costumbre, una costumbre antiquísima, que le encantaba. En primavera aquello se llamaba *Schmackostern* (Pascua del vapuleo o algo así). Los Tümmmler no sabían nada de la *Schmackostern* y se asombraron y se maravillaban de los conocimientos que Ken tenía acerca de las costumbres populares. Eduard se reía de aquella varita de la vida, Anna componía un rostro de circunstancias, y sólo Rosalie se mostraba enteramente de acuerdo con el huésped y deleitada con su conversación.

Decía Ken que ciertamente aquello era bien distinto de llevar guantes durante el trabajo, y que por más que buscara uno en América algo parecido a la costumbre popular alemana, no lo encontraría, porque allí no había aldeas, porque los campesinos americanos no eran campesinos sino empresarios, como en todas las otras esferas de la actividad, y que, por lo tanto, no tenían costumbres. En general,

aun cuando en todos sus hábitos era un norteamericano inconfundible, solía expresar poca estimación por su gran país. *He didn't care for America*, no le importaba nada América. Es más, le parecía verdaderamente espantosa, por ese afán de las gentes de andar permanentemente tras los dólares, de asistir regularmente a los servicios religiosos, por su culto del éxito y su colosal mediocridad; pero, sobre todo, por su falta de atmósfera histórica. Desde luego que el país tenía una historia, pero eso no era *history* sino una breve y aburrida *success story*. Claro está que además de sus enormes desiertos tenía hermosos y magníficos paisajes, pero nada se encontraba detrás de ellos, mientras que en Europa había mucho detrás de cada piedra, particularmente detrás de las ciudades, con sus profundas perspectivas históricas. Las ciudades norteamericanas... *he didn't care for them*. Se habían fundado ayer y lo mismo podrían ser derruidas mañana. Las pequeñas eran nidos chatos y estúpidos, absolutamente iguales todos ellos, y las grandes, horribles monstruosidades infladas, con museos llenos de bienes comprados a la cultura continental. Claro está que comprar era mejor que robar, pero no mucho mejor, porque, en ciertos lugares, objetos que databan de los años 1400 y 1200 a. C. venían a ser cosas robadas.

Todos se reían de la charla irreverente de Ken y hasta lo censuraban por su actitud, pero él replicaba que precisamente lo que lo hacía hablar así era la reverencia, es más, el respeto por las perspectivas y la atmósfera históricas. Las fechas históricas primitivas, especialmente los períodos de los años 1100 y 700 de nuestra era, constituían su pasión y *hobby*; en el colegio había sido siempre el mejor alumno de historia..., de historia y de atletismo. Ya desde mucho tiempo atrás lo había atraído Europa y habría hecho el viaje por su propia cuenta, aun sin la circunstancia de la guerra, como marinero o lavaplatos, sólo por poder respirar aire histórico. Pero la guerra había estallado como si hubiera respondido a sus deseos y en 1917 Ken había ingresado inmediatamente en el ejército; durante su adiestramiento militar no dejó de temer que la guerra terminara antes de que él pudiera ir a Europa. Pero, aunque a último momento, pudo intervenir en ella. Se embarcó para Francia en un transporte atestado de tropas y había entrado en combate cerca de Compiègne, donde lo habían herido y no levemente, pues tuvo que permanecer durante varias semanas internado en un hospital. Se trataba de una herida en un riñón, de manera que, a decir verdad, ahora tenía sólo uno que cumplía sus funciones, el cual, por lo demás, le bastaba perfectamente. De todos modos, dijo luego riendo, venía a ser un inválido, porque hasta percibía una pequeña pensión que le era más útil que el riñón perdido. La señora von Tümmeler observó que verdaderamente el joven no tenía nada de inválido, a lo que él replicó:

–No. Gracias a Dios. Sólo una pequeña pensión.

Cuando abandonó el hospital dejó también el servicio, fue *honorably discharged*, recibió una medalla por su valentía y se quedó por tiempo indeterminado en Europa, donde se encontraba maravillosamente bien, en medio de antiguas fechas históricas. Las catedrales francesas, los *campanili*, *palazzi* y museos italianos, las aldeas suizas,

un lugar como Stein am Rhein, todo eso era verdaderamente *most delightful*. ¡Y el vino que se bebía en todas partes, los bistros de Francia, las *trattorie* de Italia, los amables *Wirtshauser* de Suiza y de Alemania, con sus pintorescos nombres: *zum Ochsem, zum Mohrem, zum Sternem!* ¿Dónde podría encontrarse algo semejante en América? Allí no había vino, sino tan sólo *drinks, whisky* y ron, pero no los frescos Schoppen de Alsacia, del Tirol o de Johannisberg, servidos en mesas de roble, en tabernas históricas o en un cenador de madreselvas. *Good heavens!* En América no saben vivir.

Alemania, Alemania era su país favorito; aunque, por lo demás, no había viajado mucho por él. Sólo conocía los alrededores del lago Constanza y, ciertamente muy bien, las provincias renanas. Sí, conocía las tierras del Rin, con sus gentes alegres y simpáticas, gentes tan amables, particularmente cuando estaban un poquito achispadas; conocía sus antiguas y venerables ciudades llenas de atmósfera histórica: Tréveris, Aquisgrán, Coblenza, la sagrada Colonia... Bien podía uno intentar llamar sagrada a una ciudad norteamericana; ¡la sagrada Kansas City, por ejemplo, ja, ja! ¡Hablar de los dorados tesoros guardados por las ondinas del río Missouri, ja, ja! ¡Pardon me! De Düsseldorf y de su larga historia, desde la época merovingia, sabía más que Rosalie y sus hijos juntos y hablaba, como un profesor, de Pipino el Breve, de Barbarroja, que hizo construir el palacio imperial, de Rindhusen, y de la iglesia sálica en Kaiserswerth, donde Enrique IV fue coronado rey siendo un niño; de Albert von Berg y de Jan Wellem del Palatinado; y aun de muchas otras cosas.

Rosalie decía que Ken podía enseñar también historia, así como enseñaba inglés. A esto replicaba él que no tendría muchos discípulos. ¡Oh, de ninguna manera!, respondía la señora von Tümmler. Ella misma, por ejemplo, a quien el joven había hecho darse cuenta de lo poco que sabía, se complacería en recibir algunas lecciones. Ken contestaba admitiendo que se sentiría un poco tímido y apocado (*a bit fainthearted*), y ella expresó entonces algo que había observado con cierta pena: era extraño, y hasta cierto punto penoso, que en la vida fuera la timidez la norma que rige las relaciones entre la juventud y la edad madura. La juventud se manifestaba reservada frente a la vejez, porque no esperaba, de la dignidad de ésta, comprensión del verde estado de la vida, en tanto que la vejez se sentía tímida frente a la juventud porque, a pesar de admirarla sinceramente como juventud, debido a la dignidad propia de los años, consideraba que era menester ocultar su admiración detrás de las burlas de una falsa condescendencia.

Ken reía complacido y manifestaba su acuerdo a estos pensamientos; Eduard opinaba que su madre hablaba como un libro y Anna se quedaba mirándola, escrutadora. Rosalie se mostraba decididamente vivaz cuando se hallaba presente el señor Keaton y, a veces, desgraciadamente, hasta un poco afectada. Lo invitaba a comer con frecuencia y lo miraba, aun cuando el joven decía *Pardon me* detrás de su mano, con una expresión de maternal ternura, que a Anna (quien, a pesar del entusiasmo de Ken por la cultura europea, a pesar de su pasión por las fechas

antiguas, como las del siglo VIII, y de sus conocimientos acerca de la historia de las antiguas tabernas de cerveza de Düsseldorf, encontraba al joven insignificante) le parecía un tanto cuestionable, tocante a su carácter maternal y la hacía sentirse poco cómoda. Con harta frecuencia la señora von Tümmler preguntaba a su hija, con nerviosa aprensión, cuando esperaba la visita de Ken, si se le había enrojecido la nariz. Y, en efecto, se le había enrojecido, aunque Anna lo negaba tranquilizadora. Y si no se le había enrojecido antes de la llegada del joven, se le encarnaba, en cambio extraordinariamente, cuando el señor Keaton se hacía presente. Pero entonces Rosalie ya no parecía preocuparse de tal cosa.

Anna tenía razón. Rosalie comenzaba a perder los sentidos por el joven profesor de su hijo, sin ofrecer la menor resistencia al rápido crecimiento de tal inclinación, tal vez sin darse ella muy bien cuenta de lo que le pasaba, y en todo caso sin realizar ningún esfuerzo especial por mantenerlo oculto. Señales que en otras mujeres no se habrían escapado a la observación de Rosalie -tales como suspiros y risas exageradamente gozosas cuando escuchaba el parloteo de Ken, miradas vehementes, seguidas de rápidas caídas de párpados, de sus radiantes ojos- parecían pasarle inadvertidas dándose en ella misma; y si no se jactaba de sus sentimientos, estaba demasiado orgullosa de ellos para querer convertirlos en un secreto.

La atormentada Anna comprendió claramente la situación en una noche muy calurosa de verano, ya corría septiembre, cuando, habiéndose quedado Ken a comer con la familia, Eduard, después de tomar la sopa, pidió permiso para quitarse la chaqueta, por el gran calor que hacía. Rosalie le contestó que los jóvenes no tenían por qué preocuparse de la etiqueta, de manera que Ken siguió el ejemplo de su alumno. No le importó en modo alguno la circunstancia de que, si bien Eduard tenía puesta una camisa de color, de mangas largas, él mismo no llevaba más que una camiseta blanca, deportiva, sin mangas, que dejaba al descubierto sus brazos desnudos, brazos bien torneados, redondos, vigorosos, blancos brazos juveniles que hacían comprender perfectamente que Ken hubiera sido, en el colegio, tan buen atleta como estudiante de historia. Desde luego que estaba muy lejos, lo mismo que Eduard, que nada veía, de advertir la agitación que el espectáculo de sus brazos determinaba en la dueña de casa. Pero Anna observaba con pena y compasión la inquietud de su madre. Hablando y riendo febrilmente, Rosalie parecía ora teñida de sangre, ora terriblemente pálida, y repetidas veces sus ojos huidizos, después de apartarse de Ken, eran atraídos nuevamente por los brazos del joven, en los que se detenían durante algunos segundos, con expresión de profunda y sensual tristeza.

Anna, irritada por la candidez primitiva de Ken, en la cual sin embargo no confiaba plenamente, llamó la atención, tan pronto como encontró un motivo que lo justificara y que le fue ofrecido por la frescura de la noche que penetraba desde el jardín a través del abierto ventanal, sobre el peligro de contraer un resfriado en tales condiciones, por lo que recomendó a los jóvenes que volvieran a ponerse las

chaquetas. Pero la señora von Tümmler se retiró de la velada casi inmediatamente después de levantarse de la mesa. Alegando tener jaqueca se despidió del huésped un tanto presurosamente y se encerró en su dormitorio. Tendida sobre la otomana, manteniendo el rostro oculto entre las manos y aun entre los cojines, inundada de vergüenza, espanto y delicia, se confesó su pasión.

¡Dios mío, lo amo, sí, lo amo como nunca amé antes! ¿Es posible concebir tal cosa? Y sin embargo la naturaleza me ha llevado al estado de paz, al suave y digno estado de matrona. ¿No es una irrisión el que me quiera aún entregar al placer, como lo hago en mis pensamientos espantosos y deleitosos, cuando lo veo, cuando veo sus brazos propios de un dios, entre los cuales quiero verme locamente abrazada, junto a su magnífico pecho que, en medio de mi miseria y mi éxtasis, vi dibujarse debajo de la camisa? ¿Soy una vieja desvergonzada? No, no soy desvergonzada, puesto que me avergüenzo ante él y me avergüenzo frente a su juventud, y no sé cómo volver a enfrentarme con él, no sé cómo mirar a sus ojos amistosos, ingenuos, de niño, que no esperan de mí ninguna emoción ardiente. ¡Me ha golpeado con la varilla de la vida; sí, él mismo, sin darse cuenta de nada, me ha azotado y salpimentado! ¿Por qué tenía que hablarme de eso en su juvenil entusiasmo por las antiguas costumbres populares? Y ahora, el pensamiento que me lo representa empuñando su vara me invade por completo, me inunda con una emoción de avergonzada dulzura. Lo deseo... ¿Es que alguna vez deseé antes? Von Tümmler me deseaba, cuando yo era joven; accedí a sus deseos, lo acepté como novio, lo tomé por esposo y me entregué a su gallardía viril y ambos nos entregábamos al placer, cuando él lo deseaba. Esta vez soy yo quien desea, yo por mí misma, por mi cuenta, y puse mis ojos sobre él como un hombre pone los ojos sobre la mujer joven que ha elegido, esto es lo que hacen los años, esto es lo que hacen mi edad y su juventud. La juventud es femenina y masculina la relación de la edad madura con ella; pero la vejez no es feliz ni puede confiar su deseo, se siente llena de vergüenza y temor frente a la juventud y frente a toda la naturaleza, a causa de su ineptitud. Ay, me aguardan muchos sufrimientos, porque, ¿cómo puedo esperar que corresponda a mi deseo? Y aun cuando le gustara, ¿cómo esperar que consienta a mis pretensiones, como yo consentí a las de von Tümmler? Con esos firmes brazos que tiene, no es ninguna muchacha, no, no lo es; lejos de eso, es un joven que quiere desear por él mismo y que, según dicen, tiene mucho éxito, en ese respecto, con las mujeres. Aun aquí mismo, en la ciudad, tiene todas las mujeres que desea. Mi alma se retuerce y grita de celos ante semejante pensamiento. Sí, mantiene conversaciones en inglés con Louise Pfingsten en la Pempelforter Strasse, y con la Lützenkirchen, con Amélie Lützenkirchen, cuyo marido, el fabricante de cerámica, es un hombre gordo, asmático y perezoso. Louise es excesivamente alta y tiene pelo muy feo; sin embargo, cuenta sólo treinta y ocho años y puede infundir a sus ojos una expresión dulce. Amélie es sólo un poco mayor, pero bonita; sí, desgraciadamente es bonita, y su grueso marido la deja gozar de plena libertad. Es posible que sea ella a quien él abraza o a una de ellas; probablemente a Amélie,

aunque también pudiera ser que simultáneamente a la alta Louise. ¿Será posible que sean estrechadas por esos brazos a los que aspiro con una vehemencia que las estúpidas almas de esas mujeres nunca alcanzarían? ¿Es posible que sean ellas las que gocen de su cálido aliento, de sus labios, y de esas manos que acarician sus cuerpos? Mis dientes, que aún se hallan en buen estado y que raramente exigieron atención, rechinan, sí, rechinan cuando pienso en eso. También mi aspecto es mejor que el de ellas; más digno de ser acariciado por esas manos. ¡Y qué ternura sería capaz de ofrecerle, qué indecible devoción! Pero ellas son fuentes que fluyen, en tanto que yo estoy reseca. Ni tengo derecho a sentir celos por nada.

¡Oh, celos torturadores, desgarradores celos! ¿Acaso en la reunión del jardín que tuvo lugar en la casa de los Rollwagen, el fabricante de máquinas Rollwagen y su mujer, donde él también había sido invitado, no vi con mis propios ojos, que lo ven todo, que él y Amélie cambiaban una mirada y una sonrisa que indudablemente indicaba algo secreto entre ellos? Y en aquel momento se me contrajo el corazón, ahogado de dolor. Pero no comprendí el significado de aquello, no pensé que estaba celosa, porque no podía suponerme capaz de sentir todavía celos. Pero ahora los siento, ahora lo comprendo; no trato de negarlo, no. Gozo con mis tormentos, que están en un maravilloso desacuerdo con los cambios físicos que se verifican en mí. Anna dice que lo psíquico sólo es una emanación de lo físico, y que el cuerpo moldea al alma de acuerdo con sus propias condiciones. Anna sabe mucho; Anna no sabe nada. No, no quiero decir que no sepa nada. La pobre ha sufrido, ha amado locamente y ha padecido llena de vergüenza. Por eso sabe mucho. Pero que el alma y el cuerpo sean conjuntamente transferidos a la apacible y digna condición de matrona es algo en lo que se equivoca, porque Anna no cree en el milagro, porque no sabe que la naturaleza puede hacer que el alma florezca maravillosamente, aunque sea ya tarde, sí, aunque sea ya demasiado tarde, que puede hacerla florecer en el amor, en el deseo y en los celos, como lo experimento ahora en mi bendito tormento. Sara, la anciana Sara, oyó detrás de la puerta de su cabaña lo que el cielo aún habría de concederle y rió. Por eso Dios se encolerizó con ella y dijo: ¿Por qué te has reído, Sara? Quisiera no haberme reído. Quiero creer en el milagro de mi alma y de mis sentidos, quiero venerar el milagro que la naturaleza opera en mí, esta dolorosa y turbada primavera de mi alma, y quiero avergonzarme sólo ante la bendición de esta tardía gracia del cielo...

De esta suerte, aquella vez se confesó Rosalie su pasión. Después de pasar una noche llena de inquietud y de haber dormido profundamente unas pocas horas de la mañana, su primer pensamiento al despertar fue el de la pasión con la cual se veía agobiada, bendecida, y en modo alguno se le ocurrió resistirse a ella por simples motivos morales. La buena señora se sentía encantada al ver renacer en su alma la capacidad de consumirse en dulces dolores. No era particularmente piadosa, de modo que la idea de Dios, el Señor, no entró en sus consideraciones. La devoción de Rosalie se dirigía a la naturaleza y esa devoción la hacía admirada y alabada por lo

que, como obrando contra sí misma, había hecho nacer en su alma. En efecto, era contrario a la conveniencia de la naturaleza ese florecimiento del alma y de los sentidos, que si bien hacía dichosa a Rosalie no la alentaba, pues era algo que debía disimularse, mantenerse secreto frente a todo el mundo, aun frente a su confidente hija, pero especialmente frente a él, frente a su amado, que no sospechaba nada de todo aquello y que no debía sospecharlo, porque, ¿cómo había ella osado poner los ojos en su juventud?

Y de este modo las relaciones con Keaton entraron en una faz, socialmente absurda, de cierta sumisión y humildad que Rosalie, a pesar del orgullo que experimentaba por sus sentimientos, no era capaz de evitar y que, a los ojos de un observador frío como Anna, producía un efecto aun más penoso que el de la vivacidad y la excesiva alegría de la conducta de Rosalie al principio. Por último, hasta Eduard advirtió aquello; había momentos en que ambos hermanos, inclinadas las cabezas sobre sus platos se mordían los labios, mientras Ken, sin comprender el significado de aquel embarazoso silencio, dirigía miradas interrogativas a uno y a otro de los comensales. En busca de consejo y explicación, Eduard aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para interrogar a su hermana:

–¿Qué le pasa a mamá? – le preguntó-. ¿Es que ya no le gusta Keaton?

Y como Anna permaneciera callada, el joven agregó, torciendo la boca:

–¿O es que le gusta demasiado?

–¿Qué estás diciendo? – replicó Anna, en tono de reproche-. Estas no son cosas para jóvenes. Mira bien lo que dices y no te permitas manifestarme observaciones inconvenientes.

Y la muchacha continuó diciendo que Eduard bien podría considerar reverentemente que su madre, como les ocurre en su momento a todas las mujeres, estaba atravesando un período de dificultades orgánicas que perjudicaban su salud.

–¡Muy novedoso e instructivo para mí! – exclamó irónicamente el muchacho, que estaba cursando el último año del Gymnasium. Pero aquella explicación era demasiado general para conformarlo. La madre padecía de algo más especial que aquello, y aun ella misma, su muy respetada hermana, visiblemente estaba sufriendo por no poder hablar de aquel asunto con él, un joven tonto. Pero tal vez ese joven tonto podría prestar un útil servicio, sencillamente pidiendo que se alejara de allí a su profesor demasiado atractivo. Ya había aprovechado bastante las lecciones de Keaton; podría hacérselo presente a la madre y decirle que era tiempo de que aquél fuera otra vez *honorably discharged*.

–Hazlo como dices, querido Eduard -exclamó Anna; y él así lo hizo.

–Mamá -dijo Eduard-, creo que podríamos poner fin a mis lecciones de inglés y a los constantes gastos que ellas te ocasionan. Gracias a tu generosidad me he hecho dueño, con la ayuda del señor Keaton, de una buena base; me parece que, leyendo de vez en cuando libros ingleses por mí mismo, evitaré perder lo ya adquirido. Por lo

demás, nadie puede aprender una lengua extraña en su casa. Es en el extranjero donde se la aprende, donde todos la hablan y donde uno está obligado también a hacerlo. Si alguna vez viajo a Inglaterra o a Estados Unidos, con la base que tú generosamente me has procurado dominaré fácilmente el inglés. Como sabes, se aproximan mis exámenes finales, en los que no tengo que aprobar inglés, sino las lenguas clásicas, que me exigirán ahora una gran concentración. ¿No te parece pues que este es el momento en que debemos dar gracias a Keaton por sus esfuerzos y despedirlo del modo más cordial?

–Pero Eduard -replicó la señora von Tümmler al punto, y a decir verdad, al principio con cierta prisa-, me sorprende lo que dices y en modo alguno puedo decir que lo apruebo. Por supuesto que esas palabras muestran gran delicadeza de tu parte, pues quieres ahorrarme algunos de los gastos que exigen tus proyectos; pero esos proyectos son buenos, importantes para tu futuro y, como ves, nuestra situación no es por lo demás tal que no podamos gastar algún dinero para que adquieras el inglés, así como gastamos para que Anna siguiera los cursos de la Academia. No comprendo los motivos por los cuales quieres detenerte a mitad de camino en tu propósito de dominar la lengua inglesa. Bien podría decirse, querido hijo, y no lo tomes en mala parte, que no estás agradecido de mi complacencia para con tus deseos. Cierto es que los exámenes finales son serios y bien comprendo que ahora dediques todo tu tiempo a las lenguas clásicas. Pero las lecciones de inglés, un par de veces a la semana, Eduard, puedes considerarlas, según creo, más como un esparcimiento, una saludable distracción, que como un esfuerzo adicional. Además (y aquí hemos de considerar el aspecto personal y humano de la cosa) Ken, como le llamamos, o mejor dicho el señor Keaton, está con nosotros en una relación tal que ya no podemos decirle: Ahora es usted superfluo, y despedirlo sin más ni más. No podemos decirle sencillamente: «Caballere, puede usted marcharse». Se ha convertido en un amigo de la casa y, en cierto modo, en un miembro de la familia, de manera que, si lo despidiéramos así, tendría pleno derecho de ofenderse. Todos nosotros sentiríamos su falta; especialmente Anna, según creo, se contrariaría si Ken ya no viniera y no continuara animando nuestras comidas con sus profundos conocimientos de la historia de Düsseldorf, si ya no nos hablara sobre las disputas por los derechos de sucesión que tuvieron lugar entre los ducados de Jülich y Cleves, y sobre el príncipe elector Jan Wellem, cuya estatua se halla en la plaza mayor. Tú mismo habrías de echar de menos su presencia, y hasta yo también. En suma, Eduard, que lo que me propones, aunque bien intencionado, no es necesario ni posible. Es mejor que dejemos las cosas como están.

–Como tú digas, mamá -admitió Eduard y se fue inmediatamente a informar a la hermana del fracaso de su gestión. Anna le replicó:

–Ya me lo imaginaba, querido. En el fondo, mamá ha descrito correctamente la situación y estuve a punto de hacerte las mismas objeciones cuando me comunicaste

tu proyecto. En todo caso, tiene razón al afirmar que Keaton es un agradable compañero y que todos lamentaríamos su ausencia. Ve pues adonde él está.

Eduard se quedó mirando a su hermana en el rostro, que permaneció impasible, se encogió de hombros y salió de la habitación. Ken estaba precisamente esperándolo en el cuarto de estudio. Allí leyeron unas cuantas páginas de Emerson y de Macaulay, y luego una *mystery story* norteamericana que les dio tema para media hora de conversación; Ken se quedó a comer, a lo que ya no se lo invitaba expresamente desde hacía tiempo. El que se quedara después de las lecciones se había hecho ya una costumbre; y Rosalie, en esos días de dicha turbada por temerosa vergüenza, consultaba con Babette, la cocinera, sobre el menú, disponía ella cuidadosamente todos los detalles y descorchaba alguna botella de generoso Pfälzer o Rudesheimer, junto al cual permanecían aún charlando una hora en el salón, después de la comida, y ella bebía más de lo acostumbrado para poder contemplar con mayor audacia al objeto de su insensato amor. Pero con frecuencia el vino le infundía una sensación de cansancio y desesperación, y entonces se libraba en ella una lucha, de resultados fluctuantes, sobre si seguiría en el salón, sufriendo ante los ojos del amado, o si se retiraría a la soledad para llorar por él.

Como en octubre comenzó la temporada de reuniones sociales, Rosalie tenía ocasión de ver a Keaton aun fuera de su casa, en la de los Pfungstens, en la Pempelforter Strasse, en la de los Lützenkirchens, en la del ingeniero Rollwagen, donde se reunía mucha gente. La señora von Tümmler lo buscaba y lo evitaba luego; se alejaba del grupo en que él se hallaba; hablando mecánicamente en otro, esperaba que él se acercara y le dedicara alguna atención; sabía siempre dónde se encontraba el joven; en medio del bullicio de las voces generales distinguía la suya y sufría atrozmente cuando creía percibir alguna señal de secreto entendimiento entre él y Louise Pfungsten o Amélie Lützenkirchen. Aunque el muchacho, fuera de su cuerpo bien desarrollado, su franca naturalidad y la cordial sencillez de su rostro, no ofrecía nada especial, era estimado y buscado en ese círculo de personas, aprovechaba gustosamente de la debilidad alemana por todo lo extranjero, y se daba cuenta de que su pronunciación del alemán, los pueriles giros de que se servía al hablar, gustaban mucho. Por lo demás a todos les complacía hablar inglés con él. Se le toleraba que concurriera a las reuniones vestido como se le antojara; no tenía ningún *evening dress*; pero, por otra parte, las costumbres sociales habían perdido desde años atrás su antigua rigidez, de suerte que ni en un palco del teatro ni en las veladas nocturnas era absolutamente obligatorio el *smoking*, y aun cuando la mayor parte de los caballeros presentes lo llevaron, Keaton era recibido con la ropa de ordinario, de calle, floja y cómoda: unos pantalones castaños con cinturón, zapatos también castaños y chaqueta gris de lana.

Así se movía con desenvoltura en los salones, se hacía agradable a las señoras con las cuales hablaba inglés y a aquellas otras con las cuales deseaba hacer lo mismo; cuando comía, siguiendo la costumbre de su país, cortaba primero la carne en trozos

menudos, abandonaba el cuchillo en un borde del plato y luego, dejando colgar el brazo izquierdo, comía, empuñando el tenedor con la mano derecha, lo que había cortado. Continuaba practicando esa costumbre porque veía que sus vecinas y los señores que se sentaban frente a él lo observaban con gran interés.

Le gustaba charlar con Rosalie, aun en apartes, no sólo porque ella era una de las que le ayudaban a ganarse el pan, y por tanto una de las *bosses*, sino también por verdadera atracción. Porque, mientras lo intimidaban la fría inteligencia y las pretensiones intelectuales de la hija, la franqueza femenina y cordial de la madre le era simpática y, sin interpretar correctamente los sentimientos de ésta (nunca se le había ocurrido tal cosa), se dejaba envolver por la cándida atmósfera que emanaba de Rosalie, se complacía en ella y se cuidaba poco de ciertos signos de tensión, inquietud y desazón que él interpretaba como expresiones de la nerviosidad europea y que, por lo tanto, respetaba en alto grado. Junto con los tormentos que padecía Rosalie, hubo de verificarse en su aspecto un cambio, un rejuvenecimiento que llamaba la atención y que le mereció muchos cumplidos. Cierto es que su figura siempre se había conservado juvenil; pero lo que ahora sorprendía era el brillo de sus hermosos ojos pardos, que asumieron una expresión cálida y febril, agregando a su rostro un nuevo encanto; aumentaron de punto los colores del semblante que, tras ocasionales empalidecimientos, volvía rápidamente a recuperar su sonrosado color; los rasgos de su cara, ya llena, adquieren una mayor movilidad en las conversaciones, que solían ser alegres y siempre le ofrecían la posibilidad de corregir, mediante una risa, cualquier involuntaria expresión de su fisonomía. En esas reuniones sociales se reía mucho y a grandes voces, pues todos bebían liberalmente vino y ponche, de manera que lo que podría haber parecido excéntrico en la conducta de Rosalie se perdía en la atmosfera general de soltura y diversión, en la cual nada podía causar gran sorpresa. Su felicidad no reconocía límites cuando ocurría que, en presencia de Ken, alguna de las mujeres le dijera:

—¡Querida, está usted asombrosa! Esta noche está encantadora. Eclipsa a las muchachas de veinte años. ¿No nos dirá usted cuál fue la fuente de la juventud que descubrió?

Y mayor era aun su gozo cuando Ken confirmaba aquella opinión diciendo:

—*Right you are!* La señora von Tümmeler is *perfectly delightful tonight*.

Rosalie reía complacida y bien podía atribuirse su intenso rubor al placer que le proporcionaban tales cumplidos. Apartaba la mirada del joven, pero pensaba en sus brazos, y entonces volvía a sentirse invadida, inundada en todo su ser por una prodigiosa dulzura, cosa que le ocurría ahora muy a menudo y que las otras mujeres, puesto que la veían joven, puesto que la veían encantadora, no podrían dejar de advertir.

Fue después de una de esas veladas sociales cuando Rosalie rompió la promesa que se había hecho de conservar el secreto de su corazón -el ilícito y penoso, pero

también fascinante, milagro psicológico que se había producido en ella- sólo para sí y de no revelarlo ni siquiera a su hija y confidente Anna. Pero una irresistible necesidad de comunicárselo le hizo romper la promesa y confiarse en su inteligente hija, no sólo porque anhelaba comprensión y simpatía cariñosa, sino también por el deseo de que aquello que la naturaleza había hecho nacer en su alma fuera entendido y honrado como el extraordinario fenómeno humano que en realidad era.

Las dos mujeres habían llegado a su casa alrededor de medianoche, después de haber viajado en un coche de alquiler por las calles cubiertas de nieve. Rosalie tiritaba de frío.

–Déjame, hija mía -dijo-, quedarme aún una media hora en tu dormitorio tan acogedor y cómodo. Tengo frío, pero me arde la cabeza y creo que, por el momento, no podré dormir. No estaría mal, me parece, que prepararas un poco de té, para que terminemos con él la noche. Ese ponche de Rollwagen era muy fuerte. El propio Rollwagen lo prepara, pero no puede decirse que tenga una mano muy feliz; mezcla un dudoso jugo de naranjas con vino de Mosela y luego agrega *champagne* alemán. Seguramente mañana tendremos terribles dolores de cabeza y mal *hangover*. Es decir, tú no. Eres prudente y bebes poco, pero charlando yo me distraigo y no me doy cuenta de que mi copa está siempre llena, y pienso que se trata aun de la primera. Sí, prepara té; nos hará bien. El té estimula, pero al propio tiempo calma, y un té caliente bebido en el momento oportuno nos preservará de contraer algún resfriado. En casa de los Rollwagen hacía excesivo calor (a lo menos a mí así me lo parecía), y luego, afuera, ese tiempo tan desapacible... ¿Es que ya se anuncia otra vez la primavera? Hoy al mediodía, cuando me encontraba en el jardín público, creí que efectivamente percibía auras primaverales. Pero eso es lo que hace siempre tu tonta madre, tan pronto como ve que los días comienzan a alargarse y que la luz vuelve a aumentar. Sería bueno que encendieras la estufa eléctrica; aquí hace más bien frío a esta hora. Hija mía, haz porque estemos cómodas, como tú sabes hacerlo tan bien. Quisiera gozar de una íntima atmósfera confidencial para conversar un poco a solas contigo antes de irnos a dormir. Mira, Anna, hace ya tiempo que abrigo el deseo de mantener contigo una conversación y, tienes perfecta razón, nunca me has negado la oportunidad de hacerlo. Pero existen ciertas cosas, hija, que para ser expresadas, discutidas, exigen una atmósfera particularmente íntima, una hora favorable, que nos desate la lengua...

–¿Qué cosas, mamá? No puedo ofrecerte crema con el té. ¿No quieres tomarlo con unas gotas de jugo de limón?

–Cosas del corazón, hija; cosas de la naturaleza, de esa naturaleza maravillosa, misteriosa, omnipotente, que a veces verifica en nosotros cosas extrañas, contradictorias y hasta incomprensibles. Tú también lo sabes. Querida Anna, en estos últimos tiempos he pensado mucho en tu aventura con Brünner (perdóname que me refiera a él), en las penas que padeciste y que en una hora no muy distinta de esta me

confiaste dolorida llamándolas, con amargura contra ti misma, tu vergüenza. Y las llamaste así a causa del vergonzoso conflicto en que se encontraba tu razón, tu juicio, con tu corazón o, si lo prefieres, con tus sentidos.

–Tienes razón al corregir esa palabra, mamá. La palabra corazón es una patraña sentimental. No hay que llamar corazón a algo que es enteramente distinto de él. Nuestro corazón sólo habla con verdad cuando se lo consienten el juicio y la razón.

–Te complace creerlo así, pues siempre sostuviste la unidad y creíste que la naturaleza, sólo por sí misma, crea la armonía entre le alma y el cuerpo. Pero no puedes negar que aquella vez viviste en una relación inarmónica entre tus deseos y tu juicio. Eras muy joven en aquella época, de manera que tu deseo no tenía por qué sentirse avergonzado a los ojos de la naturaleza; sólo se avergonzaba ante los ojos de tu juicio que lo calificaba de humillante. El deseo no consiguió hacer frente a tu juicio, y en eso estribaron tu vergüenza y tus sufrimientos. Porque eres orgullosa, Anna, muy orgullosa; y no querrás admitir que pueda existir un orgullo por sólo el sentimiento, un orgullo del sentimiento, que se niega a enfrentarse con la razón o con cualquier otra cosa y se niega, asimismo, a justificarse ante cualquier cosa (ante el juicio y la razón, y también hasta ante la naturaleza misma); he aquí el punto en que no estamos de acuerdo. Para mí el corazón me importa sobre todas las cosas y si la naturaleza le infunde sentimientos que ya no le corresponden, con lo que parecería determinar una contradicción entre el corazón y ella misma... desde luego que ello constituye una dolorosa vergüenza, pero la vergüenza sólo atañe a la dignidad y en sí misma es dulce asombro y, en el fondo, reverencia ante la naturaleza y ante la vida que se complacen en obrar sobre un individuo en quien la vida se extingue.

–Pero, querida mamá -replicó Anna-, permítame ante todo declinar el honor que acuerdas a mi orgullo y a mi razón. En aquella época habrían sucumbido, sin remisión, a lo que tú llamas poéticamente corazón, si no hubiera intervenido la suerte; y cuando me pongo a imaginar adónde me habría conducido mi corazón tengo que agradecer a Dios el que no haya podido seguir sus deseos. Soy la que menos derecho tiene de levantar una piedra. Pero no hablábamos de mí, sino de ti y, eso sí no quiero rechazar el honor que me haces al desear confiarme algo. Porque, ¿no es eso lo que quieres? Tus palabras me lo indican; sólo que, como son muy generales, son también oscuras. Dime pues cómo tengo que relacionarlas contigo y cómo tengo que comprenderlas.

–¿Qué dirías, Anna, si tu madre, en sus días ya grises, se sintiera presa de un cálido sentimiento, del que sólo son capaces las jóvenes y las mujeres en sazón, pero no las ya agotadas?

–¿Por qué empleas el modo condicional, mamá? Evidentemente te ocurre lo que acabas de decir. ¿Amas a alguien?

–¡Y lo dices así, dulce hija mía! ¡Con qué libertad, osadía y franqueza expresas lo que tan difícil me es hacer aflorar a los labios y que durante tanto tiempo guardé

escondido en mí, junto con todo el gozo avergonzado y toda la aflicción que ello supone, manteniéndolo oculto ante todo el mundo, y aun ante ti, con tanto rigor que verdaderamente tenías que haberte sentido caer de pronto de una nube, de la nube de la fe en la dignidad de matrona de tu madre! Sí, amo, amo ardiente, vehementemente, dichosa y miserablemente, como tú amaste en tu juventud. Mis sentimientos no resisten a la razón, así como tampoco los tuyos resistieron y, si me siento orgullosa de esta primavera del alma con que la naturaleza me obsequia tan maravillosamente, sufro empero, como tú sufriste en aquel momento, y me siento irresistiblemente impulsada a contártelo todo.

–Mamá, querida mamá, dímelo pues todo, pero con calma. Si te es tan difícil hablar, yo misma he de preguntarte. ¿Quién es?

–Será para ti una verdadera sorpresa saberlo, hija mía. Es el joven amigo de nuestra casa, el profesor de tu hermano.

–¿Ken Keaton?

–El.

–Es él entonces. Pues bien, no tienes por qué sentirte temerosa, mamá, si comienzo por exclamar: ¡Incomprensible! Aunque todo el mundo emplearía esa expresión. ¡Es tan fácil y tan tonto calificar de incomprensible un sentimiento que uno mismo no puede imaginar! Pero sin embargo -tanto es lo que temo herirte- permíteme que, con todo el cariño que me inspiras, te haga una pregunta: dices que eres presa de una emoción que no es propia de tu edad, te lamentas de abrigar sentimientos de los cuales ya no eres digna. Pero, ¿te has preguntado acaso si él, ese joven, es digno de tus sentimientos?

–¿Digno él? Realmente no comprendo lo que quieres decir. Amo, Anna. Ken es el hombre más magnífico que mis ojos vieron.

–Y por eso lo amas. ¿No quieres que invirtamos esta relación de causa y efecto y que coloquemos cada término en su verdadero lugar? ¿Acaso no sería posible que el joven te parezca tan magnífico, sólo porque lo... porque lo amas?

–¡Oh, hija, separas lo que no es posible separar! Aquí en mi corazón, mi amor y su esplendor son una y la misma cosa.

–Pero, querida, queridísima mamá, estás sufriendo y yo deseo infinitamente ayudarte. ¿No podrías intentar siquiera por un instante -sólo un instante bastaría tal vez para hacerte bien- considerarlo, no a la glorificadora luz de tu amor, sino a la luz del día, en su realidad, como el joven bello y atractivo -desde luego que te concedo esto- que él es, pero que, como tal, ofrece poco motivo de sufrimiento y de pasión?

–Sé que tus intenciones son buenas, Anna. Estoy persuadida de que quieres aliviar mi dolor, pero no quiero que lo intentes a costa suya, haciéndole una injusticia. Y en verdad le haces una injusticia con tu luz del día, que es una luz falsa y propia para inducir a error. Dices que es hermoso, y hasta atractivo, y con esto quieres

significar que es un hombre mediocre, que no hay nada especial en él. Pero yo te digo que es un ser humano enteramente excepcional, cuya vida conmueve el corazón. Piensa en su origen humilde; considera cómo, con la fuerza de su voluntad de hierro, cursó el colegio pagándose los estudios con el trabajo de sus manos y cómo se distinguió entre todos sus condiscípulos en historia y en ejercicios físicos; piensa qué rápido se alistó bajo banderas y cómo se comportó magníficamente, siendo soldado, hasta ser por fin *honorably discharged*...

—Perdóname, pero eso es lo que hace cualquiera que no se proponga expresamente comportarse con deshonor.

—¡Cualquiera! Otra vez vuelves a referirte a su mediocridad, y al hacerla así quieres decirme, si no ya directamente, sí por insinuaciones, que se trata de un joven simple e ingenuo. Pero olvidas que la ingenuidad puede, en ocasiones, ser victoriosa y noble y que el fondo de la ingenuidad de Ken es el gran espíritu democrático de su dilatada patria...

—¡Pero, si no le agrada su país!

—Sin embargo, es un genuino hijo de los Estados Unidos; de modo que si ama a Europa por sus perspectivas históricas y sus antiguas costumbres populares, esa circunstancia lo honra y lo distingue de la mayoría. No olvides que vertió sangre por su patria. Tú dices que cualquiera es honorable *discharged*, pero ¿es que a cada soldado le dan una medalla por la valentía demostrada, un *Purple Heart*, como recompensa por el heroísmo que exhibió luchando contra el enemigo y a costa de una herida, tal vez grave?

—Ah, querida mamá, según creo, en la guerra unos son heridos y otros no; uno cae y el otro logra sobrevivir, sin que ello tenga mucho que ver con la valentía. Para quien ha perdido una pierna o un riñón la medalla constituye un consuelo y una pequeña compensación por la desgracia sufrida; pero en general no es un signo de particular valentía.

—¡En todo caso, sacrificó uno de sus riñones en el altar de la patria!

—Sí, tuvo esa desgracia y, con la ayuda de Dios, puede uno sobrevivir en casos de emergencia con un solo riñón. Pero sólo en casos de emergencia, porque ello es en sí mismo una falta, un defecto, consideración que limita algo el carácter magnífico de su juventud y que, a la luz del día, como es menester que lo examinemos, nos lo muestra, a pesar de su buena (o digamos mejor, normal) constitución corporal en lo que realmente es, un hombre no del todo completo, un inválido y no ya un ser humano perfectamente constituido.

—¡Dios mío, que Ken no es un ser del todo completo! ¡Que Ken no está perfectamente constituido! Pero, pobre hija mía, es completo hasta el punto de ser magnífico, de modo que bien puede reírse de la pérdida de un riñón; y esta no sólo es mi opinión, sino también la de todos, especialmente la de las mujeres, que no cesan de andar tras él, y en quienes también él encuentra placer. Anna querida, buena e

inteligente Anna, ¿sabes la razón por la cual, principalmente, me confié a ti y di comienzo a esta conversación? ¡Porque quería preguntarte y conocer tu sincera opinión sobre si Ken, a tu juicio y de acuerdo con tus observaciones, mantiene alguna relación amorosa con Louise Pfingsten o con Amélie Lützenkirchen o, quizás, con ambas a la vez, de lo cual es perfectamente capaz! Esta duda me atormenta y espero que consigas calmarme, puesto que puedes considerar estas cosas con sangre fría, por así decirlo, a la luz del día...

–¡Pobre mamá querida! ¡Cómo te atormentas! ¡Cómo sufres! No sabes cuán desdichada me haces. Pero no, no creo (cierto es que sé muy poco de la vida que lleva y no he sentido la menor inclinación por investigarla), ni nunca he oído decir que tuviera con la señora Pfingsten o la señora Lützenkirchen, las relaciones que tú temes. Te ruego, pues, que te tranquilices a ese respecto.

–¡Ojalá, buena hija mía, no me digas esto sólo por consolarme y aplicar un bálsamo a mi tormento, guiada por tu compasión! Pero mira, la compasión (aun cuando tal vez yo misma la esté buscando en ti) está también aquí completamente fuera de lugar, porque soy dichosa en mi tormento y vergüenza, y me siento colmada de orgullo por la primavera de dolor que ha surgido en mi alma; ten presente esto, hija, aun cuando aparentemente esté mendigando compasión.

–No me parece que estés mendigando nada. Pero en estos casos la dicha y el orgullo están tan estrechamente unidos con el sufrimiento que, verdaderamente, son con éste una y la misma cosa, de manera que, aunque no busques la compasión, ella te viene, de todos modos, de los que te aman y desean que tengas compasión contigo misma y que intentes librarte de este absurdo hechizo... ¡Perdona mis palabras! Desde luego que son equivocadas, pero no puedo prestar gran atención a las palabras. Sólo tú me preocupas, querida mamá, y no desde hoy, no desde que me revelaste tu secreto, gesto que te agradezco. Con gran dominio de ti misma ocultaste celosamente ese secreto, pero no podía escaparse a los ojos de los que te aman, que vieron, en medio de encontrados sentimientos, que existía ese secreto, que desde hace meses te hallabas en una situación especial y crítica.

–¿A quiénes te refieres cuando dices: los que te aman?

–Hablo de mí misma. En los últimos tiempos has cambiado extraordinariamente, mamá; es decir, no precisamente cambiado, no me expreso correctamente, porque eres sin duda la misma; pero cuando digo que has cambiado quiero significar con ello que se ha verificado una suerte de rejuvenecimiento en todo tu ser, palabra esta que tampoco es la adecuada, porque evidentemente no puede tratarse de un rejuvenecimiento real y verdadero de tu querida persona. Pero en ciertos momentos, y de modo un tanto fantasmagórico, a mis ojos te manifestabas como si, habiendo abandonado tu querida figura de matrona, fueras la mamá de hace veinte años, tal como yo la conocí, cuando era una niña; y es más aun, de pronto creía verte como nunca te vi, es decir, como debías de haber sido cuando tú misma eras una niña. Y esa

alucinación, si es que se trataba de una mera alucinación, tenía, empero, cierta realidad y por lo tanto debería de haberme alegrado, debería haber hecho que mi corazón latiera de placer, ¿no es así? Pues bien, no ocurrió nada de eso, sino que, por el contrario, se me contraía el corazón y, precisamente en esos momentos en que te presentabas a mis ojos rejuvenecida, sentía una inmensa compasión por ti. Porque, en efecto, al propio tiempo veía yo que sufrías y que la fantasmagoría de que te hablo, no sólo se refería a tus sufrimientos, sino que más bien era la expresión, la manifestación de esa primavera de dolor a la que tú misma acabas de referirte. No es ese tu modo corriente de expresarte. Eres de ánimo sencillo, digna del más alto amor; tus ojos se pasean bien y con claridad por la naturaleza y el mundo, pero no por los libros; nunca has leído mucho. Hasta ahora nunca usaste palabras como las que emplean los poetas, palabras tan dolorosas y enfermizas y si, ello no obstante, ahora lo haces, significa que hay algo de...

—¿De qué, Anna? Si los poetas emplean tales palabras lo hacen precisamente porque las necesitan, porque el sentimiento y sus experiencias los obligan a usarlas; y así precisamente me ocurre a mí, y necesito esas palabras que, a tu juicio, están en desacuerdo con mi naturaleza. Y aquí no tienes razón. Convienen a quien las necesita y a quien no las teme, puesto que son empujadas a salir fuera del alma. Voy a explicarte, en cambio, tu alucinación, o la fantasmagoría en la cual creíste verme. Eso era la obra de su juventud, era la lucha de mi alma por medirse con su juventud, a fin de no sucumbir ante ella de vergüenza e ignominia.

Anna lloraba. Ambas mujeres se abrazaron y mezclaron sus lágrimas.

III

–También eso -exclamó la coja muchacha con un esfuerzo-, también eso que dices, querida mamá, forma parte de un vocabulario que te era ajeno, y, como tal, en tus labios tiene algo de destructivo. Esta desdichada pasión te está matando; lo veo, lo oigo en tus palabras. Es preciso que terminemos con esto; es preciso que le pongamos un fin, para salvarte a toda costa. Mamá, uno olvida cuando ya no ve al objeto de su pasión. Todo lo que necesitamos es una decisión, una decisión salvadora. Ese joven no debe venir ya a visitarnos. Tenemos que despedirlo. Pero eso no basta. Tú lo ves en las reuniones sociales; tendremos pues que persuadirlo a que abandone la ciudad. Confío en que yo misma conseguiré convencerlo. Hablaré con él amistosamente, le diré que está perdiendo inútilmente el tiempo y sus condiciones aquí, que ya conoce desde hace tiempo todo lo que es digno de conocerse en Düsseldorf y que no debería permanecer siempre aquí, que Düsseldorf no es Alemania, de la cual sería preciso que conociera otras cosas: allí están Múnich, Hamburgo, Berlín, abiertas a su curiosidad; que debería vivir por un tiempo en uno y otro lugar, hasta que, como es su deber natural, regrese a su patria y se dedique ordenadamente a ejercer una actividad seria, en lugar de seguir haciendo en Europa el papel de profesor inválido de inglés. Pero si él se niega a partir y persiste en aferrarse a Düsseldorf, donde claro está tiene relaciones, entonces, mamá, nos marcharemos nosotros. Cerraremos nuestra casa y nos instalaremos en Colonia o Fráncfort o en algún bonito lugarejo del Taunus, y aquí dejarás todo lo que te atormenta y te destruye, y lo olvidarás al no ver ya al objeto de tu amor. Es menester que no lo veas más; ese remedio no falla, porque que no se pueda olvidar es imposible. Tú dirás que poder olvidar es una vergüenza, pero ello no importa; lo que importa es que te abandones a mi proyecto. Y allá en el Taunus gozarás de tu querida naturaleza y volverás a ser nuestra vieja y querida mamá.

Así habló Anna, con mucha vehemencia, pero ¡con cuán poco éxito!

–Detente Anna, basta. No puedo seguir oyendo lo que dices. Lloras conmigo y por cierto que con cariñoso interés, pero lo que dices, tus proyectos, son imposibles y me espantan. ¿Alejarlo a él? ¿Marcharnos nosotros? ¡A qué despropósitos te lleva tu tierna solicitud! Hablas de la querida naturaleza y sin embargo, con tus proyectos, no haces sino abofetearla en el rostro. Y quieres que yo también la abofetee cuando me propones que ahogue en mi corazón la primavera de dolor con que la naturaleza ha bendecido tan milagrosamente mi alma. ¡Qué pecado sería ese! ¡Qué ingratitud

implicaría! ¡Qué infidelidad contra ella y qué negación de mi fe en su benévola omnipotencia! ¿No sabes cuál fue el pecado de Sara? Se rió de sí misma, detrás de la puerta y dijo: ¿Y ahora que soy vieja y que también mi señor es viejo, he de gozar del placer? Pero Dios, el Señor, dijo, enojado: ¿Por qué te reíste, Sara? A mi juicio, Sara no se rió tanto de sí misma y de su propia edad como de la circunstancia de que también Abrahán, su señor, era muy viejo y de muchos días, pues ya tenía noventa y nueve años. Y verdaderamente, ¿qué mujer no se reiría del pensamiento de experimentar goce con un anciano de noventa y nueve años, por más que la vida sexual del hombre esté menos estrictamente limitada que la de las mujeres? Pero mi señor es joven, de sangre joven, Y ¡cuánto más fácilmente y tentador se me ocurre el pensamiento de...! ¡Ay, Anna, mi hija fiel, siento el placer, siento en la sangre el atroz y vergonzoso placer de mis deseos; y no puedo abandonarlo, no puedo huir al Taunus. Y si por otra parte consigues persuadir a Ken para que se aleje de mí, creo que te odiaré hasta la muerte.

Profunda era la pena con que Anna escuchaba estas palabras incontenibles y frenéticas.

—Querida mamá -dijo con voz ahogada-, estás muy excitada. Lo que ahora necesitas es calma y sueño. Toma veinte o veinticinco gotas de valeriana disueltas en agua. Este inofensivo remedio es, con frecuencia, muy útil. Quiero que tengas la seguridad, por lo demás, de que no emprenderé por mi cuenta nada que pueda contrariar tus sentimientos. Ojalá esta seguridad que te doy sirva para tranquilizarte, que por el momento es todo lo que me importa. Si hablé con alguna ligereza de Keaton, a quien respeto como objeto de tu inclinación, pero a quien no puedo menos que maldecir como causa de tus sufrimientos, has de comprender que sólo lo hice con el propósito de serenarte. Me siento infinitamente agradecida por la confianza que me has demostrado y espero, es más, lo creo firmemente, que con esta conversación, tal vez esta charla íntima fuera el requisito previo de tu curación, es decir, de tu tranquilidad. Ese corazón amado, alegre, que nos es tan querido a todos, volverá a recuperarse. Ahora ama sufriendo. ¿No crees que, digamos, con el tiempo, podría aprender a amar sin dolor y según la razón? Mira, el amor -Anna dijo estas palabras mientras conducía solícitamente a la madre a su dormitorio, para verter ella misma las gotas de valeriana en el vaso-, ¡cuántas cosas es el amor! ¡Qué variedad de sentimientos incluye esta palabra, y cuán extrañamente es siempre el mismo! Por ejemplo, el amor de una madre por su hijo (bien sé que Eduard no está especialmente cerca de tu corazón), pues, el amor de una madre por su hijo, por íntimo que sea, por apasionado y tierno, se distingue claramente del amor que esa misma madre siente por una hija que es de su propio sexo; y sin embargo, ese amor en ningún momento trasciende los límites del amor maternal. ¿Qué ocurriría si, valiéndote de la ventaja que te proporciona el hecho de que Ken podría ser tu hijo, hicieras que tu ternura por él fuera maternal, para salvarte en ese amor de madre?

Rosalie sonrió en medio de sus lágrimas.

–Para que así reine una conveniente armonía entre el cuerpo y el alma, ¿no? – se burló tristemente-. ¡Hija querida cuánto he exigido de tu inteligencia y que mal uso he hecho de ella! Ha sido un error mío, pues hice que te afanaras en vano. Eso que me dices del amor maternal se parece a lo que me propusiste del Taunus. ¿Es que no hablo con toda claridad? Pero tienes razón, estoy mortalmente cansada. Gracias, querida, por tu paciencia, por tu interés. Te agradezco también el respeto que sientes por Ken, a quien llamas el objeto de mi inclinación. Pero no lo odies al mismo tiempo, como yo tendría que odiarte si lo alejaras de aquí. El es el medio de que se vale la naturaleza para operar en mi alma su milagro.

Anna salió del dormitorio. Transcurrió una semana en la cual Ken Keaton comió dos noches en la casa de los Tümmmler. La primera vez asistió también una anciana pareja matrimonial de Duisburg, parientes de Rosalie; la señora era su prima. Anna, que sabía que cierto tipo de relaciones y tensiones emocionales exhala casi inevitablemente un fluido que no puede dejar de llamar la atención a los extraños, observaba con inquietud a los huéspedes. Por un par de veces vio que la prima se sorprendía de las miradas que se cambiaban Keaton y la dueña de casa, y una vez hasta percibió una sonrisa, por debajo del bigote del hombre. Aquella noche también advirtió un cambio en la conducta de Ken con respecto a Rosalie, un cambio estrambótico en sus reacciones; observó que Ken, cuando Rosalie conseguía, con gran esfuerzo, dar la impresión de que no reparaba especialmente en él, la obligaba a prestarle atención. En la segunda comida no estaba presente ningún extraño. La señora von Tümmmler se permitió en esta ocasión cierta actitud de excesiva familiaridad, inspirada por la reciente conversación que había mantenido con su hija; hizo burla de ciertos consejos de Anna y, al propio tiempo, sacó provecho de la parodia. Vino a saberse que la noche anterior Ken había estado de francachela con unos jóvenes amigos, un estudiante de la Academia de Pintura y dos hijos de industriales, que se había pasado la noche hasta la madrugada en las cervecerías, y que, según era de esperar, había llegado a la casa de los Tümmmler con un *hangover* de primer orden, como dijo Eduard, que era quien estaba refiriendo la historia. Al terminar la velada y cuando todos se despedían, Rosalie miró a su hija con expresión al propio tiempo excitada y astuta, es más, aun mantuvo los ojos fijos en ella, mientras, cogiendo entre sus dedos una oreja del joven, le dijo:

–Y tú, hijito, recibe una seria reprimenda de mamá Rosalie. Y te diré que su casa sólo está abierta a gente de costumbres irreprochables; pero no a pájaros nocturnos e inválidos bebedores de cerveza que apenas son capaces de hablar alemán y de ver lo que tienen ante los ojos. ¿Has oído, tunante? Corrígete. Si las malas compañías te tientan, no las sigas. Tienes que cuidar tu salud. ¿Te corregirás? ¿Querrás corregirte?

Y mientras decía esto no dejaba de pellizcar la oreja del joven, y Ken respondía a los suaves tirones de modo exagerado, cual si el castigo fuera tan extraordinario como doloroso, retorciéndose bajo la mano de Rosalie y haciendo muecas de

lamentación que descubrían los bonitos y blancos dientes. Su rostro estaba muy cerca del de Rosalie y en esa proximidad ésta continuó diciendo:

–Porque si vuelves a hacer eso y no te corriges, pilluelo, te echaré de la ciudad. ¿Sabes adónde? Te enviaré a un tranquilo lugar del Taunus, donde la naturaleza, eso sí, es hermosa, pero donde no hay tentaciones y donde podrás enseñar inglés a los hijos de los campesinos. Pero, por esta vez, vete a dormir tu borrachera, pillito.

Y entonces, soltándole la oreja, retiró su rostro, que tan cerca estaba del rostro del joven, volvió a echar a Anna una mirada de expresión levemente taimada, y se marchó.

Ocho días después tuvo lugar un hecho extraordinario, que sorprendió, conmovió y dejó perpleja en alto grado a Anna von Tümmeler; porque si bien el hecho la alegraba a causa de su madre, no sabía si considerarlo como una dicha o una desgracia. A las diez de la mañana la mucama le manifestó que la señora tenía deseos de verla. Como la pequeña familia se desayunaba separadamente -primero Eduard, luego Anna y por último Rosalie-, Anna no había visto aún aquel día a su madre. Rosalie estaba tendida en la *chaise-longue* de su dormitorio, cubierta con un chal de Cachemira, pálida pero con la nariz violentamente enrojecida. Saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa un tanto artificialmente lánguida a la hija que entraba, pero no dijo palabra, sino que dejó que Anna iniciara la conversación.

–¿De qué se trata, mamá? Espero que no estés enferma.

–¡Oh no, hija mía, tranquilízate! Esto no es ninguna enfermedad. Sentí grandes tentaciones de ir yo misma a saludarte, en lugar de mandarte buscar. Pero la verdad es que tengo que cuidarme algo y que lo más indicado en este caso, como suele ocurrirle a las mujeres, es el reposo.

–Mamá, ¿cómo debo entender tus palabras?

Entonces Rosalie se incorporó, echó los brazos alrededor del cuello de su hija, con lo que obligó a ésta a sentarse en el borde de la *chaise-longue* y, manteniendo su mejilla junto a la de Anna, le susurró al oído rápida, dichosamente, en un respiro:

–¡Triunfo, Anna, triunfo! ¡Me ha vuelto, me ha vuelto después de tan larga interrupción! ¡Y con toda naturalidad, exactamente como ocurre en una mujer plena, llena de vida! ¡Hija querida, qué milagro! ¡Que milagro ha hecho en mí, bendiciendo mi fe, la grandiosa y buena naturaleza! Porque yo creí, Anna, y no me reí, la buena naturaleza me recompensa ahora y se desdice de lo que había parecido disponer para mi cuerpo; con esto demuestra que se trataba de un error y viene a establecer la armonía entre alma y cuerpo, pero no del modo que tú deseabas que se realizara. Aquí no es el alma que, obediente, deja que el cuerpo obre sobre ella y la transfiera al digno estado de matrona, sino que ha ocurrido precisamente lo contrario, lo inverso, hija querida. Aquí el alma se manifiesta ama del cuerpo. Felicítame, querida, porque me siento muy dichosa. Vuelvo a ser mujer, vuelvo a ser una mujer en su plenitud, una mujer apta, que puede sentirse digna de la viril juventud que me ha hechizado, y

que ya no tiene por qué bajar los ojos ante ella, con una sensación de impotencia. La vara de la vida, con que la naturaleza me ha azotado, no alcanzó sólo a mi alma sino también a mi cuerpo, y me ha convertido otra vez en una fuente que fluye. Bésame, hija fiel, llámame dichosa, pues lo soy y mucho, y alaba, junto conmigo, la fuerza maravillosa de la grande y buena naturaleza.

Se dejó caer, cerró los ojos y sonrió complacida, con la nariz violentamente roja.

–Querida mamá -exclamó Anna con tono de alegría compartida, aunque con el corazón contraído de pena-, verdaderamente es un gran acontecimiento, un acontecimiento conmovedor, que atestigua de la riqueza de tu naturaleza, ya evidente en la frescura de tus sentimientos, y que ahora confiere a éstos tan gran poder sobre la vida de tu cuerpo. Ya ves que comparto enteramente tu opinión de que lo que ha tenido lugar en tu organismo es el producto de lo psíquico, de la fuerza de tus sentimientos juveniles. Cualesquiera sean los pensamientos que haya manifestado antes acerca de estas cosas, no tienes que considerarme tan filisteo que niegue a lo psíquico todo poder sobre lo corporal y que asigne sólo a esto último un valor decisivo en la relación que existe entre ambas esferas. Por lo que sé de la naturaleza y de su unidad, ambas cosas dependen recíprocamente entre sí. Con todo, por más que el alma esté sometida a las condiciones del cuerpo, lo que el alma a su vez puede obrar sobre el cuerpo raya a veces en lo milagroso, y tu caso es uno de los más magníficos ejemplos de ello. Sin embargo, permíteme decirte que ese bello, ese feliz acontecimiento, del cual estás tan orgullosa (y con todo derecho; por cierto que tienes derecho a sentirte orgullosa), sobre mí, empero, tal como estoy constituida, no produce la misma impresión que en ti. A mi juicio, magnífica mamá, esta circunstancia no cambia mucho las cosas, ni siquiera aumenta en mucho la admiración que siento por tu naturaleza... o digamos, por la naturaleza en general. Como muchacha coja y avejentada que soy, tengo mis buenas razones para no conceder demasiada importancia a lo corporal. La frescura de tus sentimientos, que están en contradicción con la edad de tu cuerpo, me parece suficientemente espléndida, me parece suficiente triunfo... casi se me antoja una victoria del alma más pura que lo que te ocurre ahora, que esa transformación de la juventud imperecedera de tu ánimo en un hecho orgánico.

–Es mejor que no sigas hablando, hija mía. A la postre me presentas, de un modo u otro, lo que llamas mi frescura de sentimientos, de la que afirmas que te alegras, como una pura locura, con la que me pongo en ridículo; y luego me has aconsejado que me retire a representar un papel maternal, propio de mi edad, que convierta mis sentimientos en maternales. Y bien, ¿no te parece, Annchen, que eso sería también algo prematuro? La naturaleza se ha declarado en contra de esa opinión. Reparó en mis sentimientos e indicó con señas inequívocas que esos sentimientos no debían avergonzarse ni frente a ella ni frente a la ardiente virilidad del joven que los despertó. Y ¿verdaderamente piensas que esta circunstancia no cambia mucho las cosas?

–Por supuesto, magnífica mamá, que al expresarme como lo hice no pretendí desoír o dejar de respetar la voz de la naturaleza y, sobre todo, ni por lo más remoto pretendí enturbiar la alegría que encuentras en sus dictados. No has de creer tal cosa. Cuando afirmo que el acontecimiento no cambia mucho las cosas, me refiero a la realidad exterior, al aspecto práctico, por decirlo así. Cuando te aconsejé, cuando te deseé, con tanta vehemencia, que te vencieras a ti misma, lo hice pensando que no te sería difícil limitar tus sentimientos por el joven (perdona que hable de él con tanta frialdad, digamos pues por nuestro amigo Keaton), a lo puramente maternal, y mi esperanza a este respecto se fundaba en el hecho de que él bien podría ser tu hijo. Como convendrás conmigo, este hecho en nada ha cambiado, y no puede sino determinar la relación entre tú y Keaton, por ambos lados; por el tuyo y también por el suyo.

–¡Y también por el suyo! Hablas de los dos lados, pero te refieres sólo al suyo. ¿No crees acaso que también él pueda amarme de modo distinto del de un hijo?

–No quiero decir eso, querida, buenísima mamá.

–¡Y cómo podrías decirlo, Anna, mi fiel hija! Piensa que no tienes el derecho de hacerlo, ni tampoco la autoridad necesaria para juzgar cosas del amor. A este respecto tienes una mirada menos penetrante que en otras esferas, porque hubiste de resignarte muy temprano, corazón mío, y apartar tus ojos de tales cosas. El intelecto te ofreció un sustituto de la naturaleza; eso está muy bien; es muy bello. Pero, ¿cómo podrías juzgarme y condenarme a permanecer sin ninguna esperanza? No tienes facultades de observación y no ves lo que yo veo. No percibes los signos que me indican que los sentimientos de Ken están dispuestos a responder a los míos. ¿Pretenderás sostener que en tales momentos él sólo está jugando? ¿Preferirías considerarlo más bien insolente y cruel que acordarme la esperanza de que sus sentimientos puedan corresponder a los míos? ¿Qué habría de extraordinario en ello? Por grande que sea la distancia a que te encuentras de las cosas del amor, no puedes, sin embargo ignorar que un hombre joven prefiere muy a menudo a una mujer madura y no a una muchacha inexperta, una simple bobalicona. Desde luego que en sus sentimientos puede haber algo de nostalgia por su madre, así como, por otra parte, desempeñan cierto papel los sentimientos maternos en la pasión de una mujer madura por un hombre joven; pero ¿por qué te digo esto a ti? Me parece que no hace mucho te expresaste tú misma de modo análogo.

–¿Verdaderamente? En todo caso, tienes razón, mamá. Estoy, en general, perfectamente de acuerdo con todo lo que dices.

–Entonces no debes condenarme a que permanezca sin esperanzas, sobre todo hoy, cuando la naturaleza ha reconocido mis sentimientos. No, no debes hacerlo a pesar de mis cabellos grises, a los que, según me parece, estás dirigiendo tus ojos. Sí, desgraciadamente son grises. Fue un error no haber comenzado desde mucho tiempo atrás a teñirme el pelo. Ahora no puedo hacerlo súbitamente, aunque la naturaleza,

hasta cierto punto, me autoriza a ello. Pero algo puedo hacer con mi rostro; no sólo masajes, sino que puedo embellecerlo con afeites. ¿Acaso les chocará a mis hijos tal cosa?

—No, mamá. Eduard ni siquiera lo notará, si lo haces discretamente. En cuanto a mí... pues me parece que lo artificial no se ajustará muy bien con tu profundo sentimiento de la naturaleza, aunque, por lo demás, no comete uno ciertamente un pecado contra la naturaleza cuando pretende ayudarla con los medios usuales.

—¿No es verdad? Y sobre todo teniendo en cuenta que se trata de impedir que en los sentimientos de Ken lo maternal tenga un papel demasiado importante, un papel predominante. Te confieso que esto sería contrario a mis esperanzas. Sí, querida y fiel hija, este corazón (ya sé que no te gusta hablar ni oír hablar del corazón) está colmado de orgullo y alegría y con el pensamiento de cuán diferentemente podré ahora salir al encuentro de su juventud, llena de confianza en mí misma. Sí, el corazón de tu madre está colmado de esperanza, dicha y vida.

—¡Cuán hermoso me parece todo, querida mamá! ¡Y qué encantador de tu parte el que me hayas hecho compartir tu gran felicidad! La comparto, la comparto de todo corazón. No tienes que dudar de ello, aun cuando te diga que a mi alegría se mezcla una preocupación (siempre soy así, ¿no es verdad?), cierto escrúpulo, escrúpulo práctico, para repetir la palabra que ya usé antes a falta de otra mejor. Hablas de tus esperanzas y, de todo lo que puede justificar el que las abrigues, encuentro que lo principal es sencillamente tu amable persona; pero no llegas a definir con mayor precisión qué entiendes por esas esperanzas, no me dices cuál es su objeto concreto, qué expresión esperan asumir en la realidad de la vida. ¿Tienes la intención de volver a casarte? ¿Hacer de Ken Keaton nuestro padrastro? ¿Presentarte con él ante el altar? Podrá ser un rasgo de cobardía de mi parte, pero como la diferencia de vuestras edades equivale a la que existe entre una madre y su hijo, no te oculto que temo algo la reacción de asombro que pueda producir paso semejante.

La señora von Tümmler se quedó mirando fijamente a su hija.

—No -respondió-, no se me había ocurrido ese pensamiento y para tranquilizarte puedo asegurarte que no lo abrigo. No, Anna, loquita, no me propongo daros un padrastro de veinticuatro años. ¡Qué extraño me parece oírte hablar, con tanta devoción y respeto, del altar!

Anna permanecía callada, con la mirada baja y perdida en el vacío.

—¡Mis esperanzas! — exclamó Rosalie—. ¿Quién pretende acaso determinarlas, como tú lo deseas? La esperanza es la esperanza. ¿Cómo puedes pretender, como lo estableces, medida según los fines prácticos? Lo que la naturaleza ha obrado en mí es tan bello que no puedo esperar sino algo bello, pero no me es posible decirte cómo imagino que esas esperanzas se realizarán y adónde me conducirán. Eso es la esperanza. Sencillamente no se me ocurre pensar en el altar.

Los labios de Anna estaban ligeramente apretados. Entre ellos dijo en voz baja, como involuntariamente y a pesar de sí misma:

–Sin embargo, sería un pensamiento relativamente razonable.

La señora von Tümmeler contempló llena de turbación a la muchacha coja, que no la miraba, y procuró descifrar su expresión.

–Anna -exclamó con voz ahogada-, ¿Qué estás pensado y qué significa tu actitud? Permíteme confesarte que sencillamente no te reconozco. Dime, quién de nosotras dos es la artista, ¿yo o tú? Nunca habría imaginado que en materia de prejuicios podrías estar tan a la zaga de tu madre. Y no sólo a la zaga de tu madre, sino de la época y de sus libres costumbres. En tu arte te manifiestas tan avanzada y sostienes una posición tan de vanguardia, que una persona de sencillo entendimiento como yo sólo puede seguirte con esfuerzo. Pero desde el punto de vista moral, sabe Dios en qué época estás viviendo, en el tiempo de Maricastaña, antes de la guerra. Pero ahora tenemos la República, tenemos libertad, y las ideas se han hecho mucho más ligeras, más libres; eso se nota en las cosas más pequeñas. Así por ejemplo, ahora entre los jóvenes de buen tono se acostumbra llevar el pañuelo, del que antes sólo se mostraban las puntas asomando del bolsillo de la chaqueta, sobresaliendo mucho del bolsillo y colgando; sí, dejan caer hacia abajo, como si se tratara de una bandera, por lo menos la mitad del pañuelo. En esto bien se reconoce con claridad un signo, y hasta una declaración consciente, de la libertad de costumbres propias de una República. También Eduard, siguiendo la moda, lleva así el pañuelo, cosa que no dejo de mirar con cierta satisfacción.

–Eres una observadora muy aguda, mamá. Pero creo que el símbolo del pañuelo en el caso de Eduard no puede tomarse como algo demasiado personal. Tú misma dices a menudo que el joven (porque ya ahora lo es) tiene mucho de nuestro padre, el teniente coronel; tal vez no demuestre en este momento poseer mucho tacto cuando menciono la persona de papá en nuestra conversación y hago con ello que pensemos en él, pero...

–Anna, vuestro padre era un excelente oficial que cayó en el campo del honor; pero también un hombre ligero de cascos, que anduvo detrás de las mujeres hasta último momento, el ejemplo más palpable de los elásticos límites de la vida sexual masculina; constantemente tenía yo que cerrar los ojos a su comportamiento. De manera que no puedo considerar una falta particular de tacto por tu parte el que te hayas referido a él.

–Tanto mejor, mamá, si es lícito que diga esto. Pero papá era un caballero y un oficial que, a pesar de todo lo que tú llamas sus ligerezas, vivía de acuerdo con determinados conceptos del honor, que a mí no me dicen mucho, pero sí a aquello que Eduard, según creo, heredó de su padre. Porque no sólo en el exterior, en la figura y en los rasgos del rostro se parece Eduard a su padre. En ciertas circunstancias reaccionaría involuntariamente como él.

–¿En qué circunstancias?

–Querida mamá, permíteme que sea enteramente franca, como siempre lo hemos sido entre nosotras. Bien puede concebirse que una relación como la que imaginas que habrá entre Ken Keaton y tú pueda mantenerse oculta en la oscuridad, sin que nadie sepa de ella. Pero ciertamente abrigo mis dudas de que, con tu deliciosa espontaneidad y tu encantadora falta de habilidad para disimular y ocultar los secretos de tu corazón, lo consigas. Supón que algún desvergonzado le haga burlonas insinuaciones a nuestro Eduard, dándole a entender que se sabe que su madre (pues, ¿cómo dice la gente?) lleva una vida frívola y ligera. Lo más probable es que el muchacho abofetee al atrevido, lo golpee, y quién sabe qué peligrosas complicaciones policiales podrían surgir de su caballerosidad.

–¡Por Dios, Anna, qué cosas imaginas! Me das miedo. Ya sé que lo haces por solicitud; pero tu solicitud es cruel, tan cruel como el juicio de los hijos que condenan a su madre...

Rosalie derramó algunas lágrimas. Anna le ayudó a enjugárselas, guiando cariñosamente la mano de su madre, que sostenía el pañuelo.

–Queridísima mamá, perdóname. No sabes cuánto siento lastimarte; pero ¡no hables de la condena de los hijos! ¿Piensas que yo no miraría (no digo ya con tolerancia, eso suena demasiado presuntuoso), con reverencia y con el más tierno interés lo que has determinado considerar tu felicidad? ¿Y Eduard? No comprendo bien cómo se me ocurrió referirme a él; sí, ya sé, hablamos de él a causa de su pañuelo republicano. No se trata de nosotros, mamá, ni tampoco sólo de las gentes; se trata únicamente de ti. Mira, hace un instante dijiste que no tenías prejuicios; pero ¿es que realmente no los tienes? Estábamos hablando de papá y de ciertos conceptos tradicionales, según los cuales él vivía y que, a su juicio, no trasgredía con sus ocasionales infidelidades. El que siempre lo hayas perdonado se debe (compréndelo claramente) a que, en el fondo, eras de la misma opinión que él; es decir, ambos sabían que sus andanzas nada tenían de común con el libertinaje, para el que no había nacido, porque no era espiritualmente un libertino. Tampoco tú eres libertina, y en cuanto a mí, como artista, disto mucho de serlo, aunque también por motivos distintos estoy incapacitada para hacer uso de mi emancipación, de mi moralidad *déclassée*.

–¡Pobre hija mía! – la interrumpió la señora von Tümmler-. No hables tan tristemente de ti.

–Pero si en modo alguno estoy hablando de mí -replicó Anna-. De ti, de ti hablo. Y estoy seriamente preocupada por tu causa. En ti sería verdadero libertinaje lo que en papá, el hombre de mundo, era simple disipación, que no iba contra él mismo ni contra el juicio de la sociedad. La armonía entre cuerpo y alma es ciertamente algo bueno y necesario y ahora estás orgullosa y feliz porque la naturaleza, tu naturaleza, te la ha otorgado de modo casi milagroso. Pero la armonía entre la vida de uno mismo

y las innatas convicciones morales es, al fin de cuentas, aun más necesaria, de manera que, si se destruyera, el resultado que se seguiría de ello no sería sino la destrucción del espíritu, lo cual significa: infelicidad. ¿No presientes que es verdad lo que te digo, que vivirías en oposición contigo misma si convirtieras en realidad tus sueños? En el fondo, estás, lo mismo que lo estaba papá, atada a ciertos conceptos, y la destrucción de ese lazo significaría la inmediata destrucción de ti misma... Digo sinceramente lo que siento... llena de ansiedad. ¿Por qué vuelve a salirme de los labios esta palabra: destrucción? Sé que ya la usé antes con angustia y esta vez con mayor angustia todavía. ¿Por qué no puedo dejar de relacionar toda esta prueba que el cielo te envía, y cuya dichosa víctima eres, con la idea de destrucción? Quiero confesarte algo. Hace poco, no más de dos semanas, después que mantuvimos aquella charla tomando té en mi dormitorio y a altas horas de la noche, como te viera tan excitada, tuve la tentación de ir a ver al doctor Oberloskamp, que trató a Eduard de su ictericia y también a mí una vez, cuando una inflamación de la garganta me impedía tragar los alimentos (en cambio tú nunca necesitas un médico); digo pues que sentí la tentación de ir a verlo para hablar con él sobre ti y sobre todo lo que me habías confiado, porque necesitaba tranquilizarme a tu respecto. Pero renuncié a ello; en seguida renuncié. ¿Sabes por qué, mamá? Por orgullo. No dejarás de comprenderlo; por orgullo y por ti misma, pues me parecía humillante exponer tu experiencia a un médico que, con la ayuda de Dios, puede curar la ictericia y la laringitis, pero no el profundo dolor humano. A mi juicio existen enfermedades demasiado exquisitas para los médicos.

–Te agradezco las dos cosas, hija querida -dijo Rosalie-: la inquietud que te impulsó a querer hablar con Oberloskamp sobre mí, y el que hayas reprimido el impulso de hacerlo. Pero, ¿qué te lleva a establecer siquiera la menor relación entre lo que tú llamas la prueba del cielo, las Pascuas de mi condición de mujer y la obra de mi alma sobre mi cuerpo, por una parte, y, por otra, el concepto de enfermedad? ¿Es que la dicha es una enfermedad? Desde luego que no se trata tampoco de ligereza de ánimo, sino que es vida, vida, en las delicias y en los dolores; y la vida es esperanza... la esperanza sobre la cual no puedo dar, a tu intelecto, ninguna explicación.

–No te pido ninguna, querida mamá.

–Entonces márchate ya, hija mía. Déjame descansar. Como sabes, un poco de reclusión silenciosa es lo más indicado para las mujeres que nos encontramos en estos días de honor.

IV

Anna besó a la madre y salió cojeando del dormitorio. Una vez solas, ambas mujeres, meditaron en la conversación que habían sostenido. Anna no había dicho, ni habría podido decir, todo lo que atormentaba su corazón. ¿Cuánto tiempo, se preguntaba, duraría en su madre lo que ésta ensalzaba, considerándolo Pascuas de su condición de mujer: esa vivificante renovación? Y en cuanto a Ken, si, como era perfectamente verosímil, respondía al amor de Rosalie, ¿cuánto le duraría aquello? Y, ¿cómo la madre, en su tardío amor, temblaría constantemente frente a las mujeres más jóvenes, como había temblado desde el primer día por la fidelidad de Ken, más aun, por el respeto que podía merecerle su pasión? Rosalie concebía la felicidad no como placer y alegría sino como vida, como la vida con sus sufrimientos. Y Anna preveía muchos sufrimientos en aquello que su madre soñaba.

Por su parte, la señora von Tümmler había quedado más profundamente impresionada con la conversación de su hija de lo que había demostrado. No la preocupaba tanto el pensamiento de que Eduard, en determinadas circunstancias, pudiera arriesgar su joven vida por el honor de la madre; esa romántica imagen, aunque le hacía verter lágrimas, en verdad determinaba que su corazón latiera de orgullo. Pero las dudas que manifestara Anna sobre su falta de prejuicios y lo que había expresado sobre el libertinaje y la necesaria armonía que debe existir entre la vida y las convicciones morales, preocuparon a esa buena alma durante todo su día de reposo; Rosalie no podía dejar de admitir que las dudas de su hija estaban justificadas, que los puntos de vista filiales tenían buena parte de verdad. Pero estas reflexiones no alcanzaban a reprimir la fervorosa alegría que sentía ante las perspectivas de volver a ver a su joven amado en las nuevas circunstancias. Sin embargo, lo que la inteligente hija había dicho acerca de vivir en oposición consigo misma hizo que en el alma le trabajara el pensamiento de la renuncia y de la felicidad. Sí, ¿acaso el renunciamiento mismo no podía procurar la felicidad, si éste no fuera una lamentable necesidad sino el resultado de una determinación tomada libre y conscientemente por ambas partes y sobre un mismo pie de igualdad? Rosalie llegó a la conclusión de que efectivamente tal cosa era posible.

Ken se presentó en la casa de los Tümmler, tres días después del singular renacer fisiológico de Rosalie; leyó y habló en inglés con Eduard, y luego se quedó a comer. La felicidad de la señora von Tümmler al contemplar el agradable rostro infantil del

joven, sus bonitos dientes, sus amplias espaldas y sus estrechas caderas, le hizo resplandecer los ojos, y bien podía afirmarse que ese brillo vivaz justificaba el color de sus mejillas, avivado por un rojo artificial sin el cual, en rigor de verdad, la palidez del semblante habría estado en contradicción con el gozoso fuego que lo animaba. Esa vez, y luego otras, en cada ocasión en que Keaton los visitaba, Rosalie le cogía la mano al saludarlo de modo tal que hacía que su cuerpo estuviera muy próximo al del joven, a quien no dejaba de mirar, por unos instantes y con expresión seria, luminosa y significativa, a los ojos, circunstancias en las cuales Anna tenía la impresión de que su madre deseaba, y que efectivamente estaba a punto de hacerlo, comunicar al joven el cambio que había experimentado su naturaleza. ¡Absurdos temores! Desde luego que tal cosa no ocurría y en el curso de la velada la actitud de la señora de la casa respecto del huésped era serena y constantemente benévola, y de ella estaban excluidos tanto los afectados sentimientos maternos, con los que una vez había gastado una broma a su hija, como la vergüenza, la inquietud, y toda penosa humildad.

Keaton -que, para su propia satisfacción, advirtiera hacía tiempo que tal como él era había conquistado a esa europea de cabellos grises, aunque llena de encantos- no sabía muy bien qué actitud debía tomar él mismo frente al cambio de Rosalie. El respeto que sentía por ella, cosa que bien puede comprenderse, disminuyó cuando advirtió sus debilidades; pero por otra parte Rosalie había atraído y excitado la virilidad del joven; su sencilla naturaleza se sentía atraída por la de Rosalie, y consideraba que esos ojos tan bellos, con su mirada tan juvenil y penetrante, sentaban muy bien a sus cincuenta años y a sus manos envejecidas. El pensamiento de trabar una relación amorosa con ella (como desde hacía algún tiempo mantenía, no justamente con Amélie Lützenkirchen o Louise Pfingsten, pero sí con otra señora de la sociedad que frecuentaba, mujer en la cual Rosalie no había reparado) en modo alguno le era ajeno y, como Anna observaba, había comenzado a cambiar sus maneras respecto de la madre de su alumno y a hablarle en un tono de provocativo galanteo.

Pero el buen individuo comprendió muy pronto que no sería fácil obtener lo que deseaba. A pesar de los apretones de manos que tenían lugar al principio de cada visita, durante los cuales ella mantenía su cuerpo muy próximo al de Ken, de modo que casi se tocaban, y a pesar de la mirada íntima que buscaban sus ojos, los intentos que Ken hizo en ese sentido encontraron una dignidad cordial pero firme, que volvía a colocarlo en su lugar, que le impedía establecer el tipo de relación que deseaba y que, rechazando sus pretensiones, lo obligaba a adoptar una actitud sumisa. No llegaba a comprender el significado de esas repetidas experiencias: ¿Está enamorada de mí, o no lo está?, se preguntaba; y atribuía entonces la resistencia de Rosalie a la presencia de sus hijos, la coja y el estudiante. Pero lo cierto es que le ocurrió lo mismo una vez que, durante un buen rato, se encontró a solas con ella en un ángulo del salón; y no de otra manera cuando cambió el carácter de su galanteo,

abandonando todas las monadas y dándole un tono seriamente tierno, apremiante, por así decirlo, apasionado. Acometió una vez la empresa haciendo sonar sus erres, que tanto agradaban a todo el mundo, y llamando en tono cálido Rosalie a la señora von Tümmler, lo cual, considerado sólo como un modo de dirigirse a una persona, según las costumbres de su país, no representaba una especial libertad. Pero aunque ella, por un instante, se puso encarnada, se había levantado inmediatamente y abandonado la sala; luego no le había dirigido ni una palabra ni una mirada durante el resto de la velada.

El invierno, que aquel año no se había manifestado particularmente cruel, ya que apenas había helado y nevado, aunque por eso mismo habían caído más lluvias, parecía terminar también pronto. Ya en febrero se dieron algunos días cálidos, soleados, en los que se aspiraba la primavera. Aquí y allá nacían diminutos brotes en las ramas de los árboles. Rosalie, que había saludado con amor la aparición de las campanillas de su jardín, pudo complacerse, mucho antes de lo que era habitual, en los casi prematuros narcisos, y poco después en las flores de azafrán que nacían por todas partes, frente a los jardines de las villas y en el parque público, y ante las cuales los transeúntes se detenían para señalar una u otra y deleitarse en su colorida profusión.

—¿No es notable -decía la señora von Tümmler a su hija- cómo se parecen estas flores a los cólquicos de otoño? En el fondo, son la misma flor. Comienzo y fin (bien podría confundírselas, pues son tan parecidas); al ver una flor de azafrán piensa uno que ha vuelto el otoño, y cree hallarse en primavera cuando ve la última flor del año.

—Sí, se trata de una pequeña confusión -respondió Anna-. Tu vieja amiga, la madre naturaleza, tiene una encantadora inclinación por las ambigüedades y la mistificación.

—Eres mala. Siempre tienes en la punta de la lengua alguna palabra contra la naturaleza; y lo que me provoca admiración es para ti objeto de burla. Deja tranquila a la naturaleza; no puedes reírte de mí por el tierno sentimiento que experimento hacia ella y menos que nunca ahora, en que está a punto de empezar mi estación. La llamo mía porque la estación del año en que nacemos presenta singular afinidad con nuestra índole. Tú eres una criatura de Adviento, y puedes decir con verdad que llegaste al mundo bajo un buen signo, casi para las fiestas de Navidad. Tienes que sentir que existe una afinidad entre tu índole y esa época del año que, si bien es fría, nos hace pensar en un período alegre y cálido. Pues a mi juicio, y según mi experiencia, existe realmente una relación simpática entre nosotros y la estación en que hemos nacido. Su retorno nos trae algo que nos confirma y nos fortalece, que renueva nuestras vidas; a la menos, siempre me ha ocurrido a mí así al llegar cada primavera, y no por la primavera misma, la estación del renacimiento como se la llama en las poesías, una estación que todo el mundo ama, sino porque yo

personalmente pertenezco a ella y porque siento que me sonrío de modo absolutamente personal.

–Verdaderamente así lo hace, querida mamá -replicó la criatura de invierno-. Y puedes tener la seguridad de que no diré nada contra ella.

Sin embargo; es del caso hacer notar que el impulso vital que estaba acostumbrada a recibir Rosalie, cada año, al aproximarse o al llegar su estación -o al cual creía estar acostumbrada-, precisamente en el momento en que hablaba de él, no se verificaba en ella como de costumbre. Era casi como si las resoluciones morales que le inspirara la conversación con su hija, y a las cuales se mantenía fielmente aferrada, fueran contra su naturaleza, como si, a pesar de tales resoluciones, o precisamente a causa de ellas, Rosalie viviera en contradicción consigo misma. Esa era justamente la impresión que tenía Anna, y la coja muchacha se reprochaba el haber logrado persuadir a su madre a guardar una continencia que su libre concepción de artista no exigía, pero que le había parecido indispensable para conservar la serenidad espiritual de su querida madre. Había aun algo más: Anna sospechaba, en su propia actitud, inconfesables motivos. Se preguntaba si ella misma, que había anhelado fervientemente en otra época el placer de los sentidos aunque sin haber llegado nunca a conocerlo, no se lo había envidiado secretamente a su madre y si, por tal motivo, valiéndose de falsos argumentos intelectuales, la había persuadido a guardar castidad. No, no podía creer tal cosa de sí misma, pero lo que veía la turbaba y le pesaba en la conciencia.

Veía que Rosalie se fatigaba rápidamente al realizar aquellos paseos que tanto le agradaban y que era ella misma la que, a veces, pretextando tener que hacer algo en la casa, después de una media hora de marcha, y aún antes, proponía regresar. Se pasaba reposando una gran parte del día y, no obstante lo limitado de su actividad física, perdía peso a ojos vistas; Anna examinaba atentamente la delgadez del antebrazo de su madre, cuando ocasionalmente lo veía descubierto. En los últimos tiempos ya nadie le preguntaba de qué fuente de la juventud había bebido. Bajo sus ojos se veían manchas azules de cansancio, y el rojo de las mejillas, que en honor del joven Ken y de su recobrada plenitud de mujer se aplicaba Rosalie, ya no creaba ninguna ilusión frente a la palidez amarillenta de todo su rostro.

–Pero si me siento muy bien -respondía vehementemente cuando sus conocidos le preguntaban por su salud.

Y a Anna von Tümmler se le ocurrió pedir al doctor Oberloskamp que examinara a su madre, cuya salud decaía. Lo que le inspiró este proyecto fue un sentimiento, no sólo de culpa, sino también de piedad; esa piedad que había en sus palabras cuando dijo que existían enfermedades demasiado exquisitas para los médicos.

Por eso, con tanta mayor alegría contempló el entusiasmo y la confianza en sus fuerzas que demostró Rosalie una noche, después de comer, mientras bebía vino en compañía de sus hijos y de Ken Keaton, quien precisamente se hallaba presente, al

proyectar una pequeña excursión. No había pasado aún un mes desde aquella mañana en que Rosalie había llamado a Anna a su dormitorio para comunicarle el milagro. Aquella noche Rosalie estaba alegre y encantadora como en los viejos días, y bien podría decirse que en ella nació la idea de la excursión, que todos aceptaron, a menos que no hubiera sido Ken Keaton, con sus charlas históricas, el inspirador de tal pensamiento. En efecto, Keaton había hablado de los distintos castillos y fortalezas que visitara en las tierras de Berg, de los castillos de Wupper, de Bensberg, de Ehreshoven, de Gimborn, de Honburg y de Krottorf; y habló luego del príncipe elector Carl Theodor que, en el siglo XVIII, había levantado de Düsseldorf su corte para llevarla primero a Schwetzingen y luego a Múnich, lo cual no impidió que su administrador, cierto conde Goltstein, mientras tanto, se embarcara en toda suerte de empresas de jardinería y arquitectura de gran importancia; bajo su gobierno se levantaron la Academia de Arte del príncipe elector, el parque de palacio y el castillo Jagerhof, y además, agregó Eduard, en el mismo año, por lo que a él le parecía, también el castillo Holterhof, situado un poco al sur de la ciudad, cerca de la aldea del mismo nombre. Desde luego, también Holterhof, confirmó Keaton. Y después tuvo que admitir, con confusión, que nunca había visto esa creación del rococó tardío, ni siquiera visitado su parque, que se extendía hasta el Rin y que era famoso. La señora von Tümmler y Anna habían estado allí una o dos veces, pero nunca, ni tampoco Eduard, habían visitado el interior del castillo, tan encantadoramente bien situado.

–*Wat et nit all jibt!* (¡No hay nada parecido!) -exclamó la señora de la casa, alegremente. En ella siempre era un signo de alegría y placer el que se permitiera expresarse en su dialecto materno-. ¡Valientes conocedores de Düsseldorf -agregó- somos los cuatro!

Uno ni siquiera había estado en el parque, y los otros no habían visto el interior del primoroso castillo que visita, sin embargo, todo extranjero.

–Hijos -exclamó Rosalie-, esto no puede seguir así. No debemos admitirlo. ¡Haremos una excursión, los cuatro, a Holterhof! ¡Y la emprendemos uno de estos días! El tiempo es ahora muy bello; la estación, encantadora, y además el barómetro se mantiene normal. En el parque del castillo se estarán abriendo ya los botones; debe ser más agradable a principios de primavera que en el caluroso verano, cuando Anna y yo fuimos a visitar aquel lugar. Siento de pronto ahora una invencible nostalgia por esos cisnes negros que nadan en las aguas de los fosos del castillo. ¿Te acuerdas, Anna, cómo, con sus picos rojos y sus patas remeras, se deslizaban orgullosos y melancólicos por las aguas? ¡Y cómo sabían ocultar su apetito por respeto a nosotras que los alimentábamos! Tendremos que llevar pan blanco para arrojárselo... Veamos, hoy es viernes... Podríamos realizar la excursión el domingo. ¿Estamos todos de acuerdo? Es que Eduard y el señor Keaton no disponen de otro día. Claro es que los domingos está todo lleno de gente, pero a mí no me importa. Me gusta mezclarme

con el pueblo y gozar con su gozo; me gusta estar donde pasa algo, en las fiestas populares de Oberkassel, donde se huele a frituras y los niños chupan bastoncillos de caramelo rojo, y frente a la tienda de algún circo donde la gente más ordinaria que pueda imaginarse vocifera y hace bocina con sus manos. Encuentro maravillosas esas escenas. Anna piensa lo contrario, las encuentra tristes. Sí, ya sé que prefieres la aristocrática tristeza de los cisnes negros que nadan en los fosos del castillo... Se me ocurre una idea, hijos; haremos el viaje por agua. El viaje por tierra, en tranvía, es muy aburrido. No se ve ni un trocito de bosque y apenas un poco de campo abierto. Por agua es mucho más ameno. El padre Rin nos llevará. Eduard, consulta el horario de los vapores. No, espera un momento. Si pretendemos estar realmente cómodos, lo mejor será que alquilemos una lancha de motor para remontar el Rin. Así estaremos nosotros solos, como los cisnes negros... Lo único que falta establecer es si habremos de partir por la mañana o después de mediodía.

Todos estuvieron de acuerdo en que se realizara la excursión por la mañana. Eduard creía que sólo muy pocas horas de la tarde estaba el castillo abierto a los visitantes, de modo que se convino en salir el domingo por la mañana. Bajo la enérgica dirección de Rosalie se hicieron pronto todos los preparativos del caso. Se designó a Keaton para que contratara la lancha. Se reunirían en el punto de partida, el muelle de la Rathaus, junto al mareógrafo, a las nueve de la mañana.

Y así fue, en efecto. Aquella mañana se presentaba soleada y algo ventosa. En el muelle se veía mucha gente con niños y bicicletas, que aguardaba para subir a bordo de los blancos vapores de la Línea de Navegación Colonia-Düsseldorf. Ya estaba lista la lancha de motor alquilada en que se embarcarían los Tümmler y su acompañante. El conductor, un hombre con aros en las orejas, sin bigote, pero con una rojiza barba marinera en el mentón, ayudó a las señoras a subir a bordo. Partieron apenas los cuatro viajeros hubieron tomado asiento en el banco circular de la lancha, a la sombra del toldo sostenido por barrotes. La lancha marchaba lentamente contra la corriente del ancho río, cuyas orillas a veces presentaban un aspecto ramplón. La torre del antiguo castillo, la torre torcida de la Lambertuskirche, las instalaciones del puerto, fueron quedando atrás. En la curva siguiente del río aparecieron depósitos y edificios de fábricas. Pero, poco a poco, detrás de los malecones de piedra que se introducían en las aguas, el paisaje fue asumiendo un carácter cada vez menos urbano. Pasaron frente a lugarejos y antiguas aldeas de pescadores cuyos nombres Eduard y también Keaton sabían y que, protegidos por los diques, se extendían delante de un paisaje llano, de praderas, campos, charcas y pantanos. Hasta que llegaron a su destino, debido a las muchas curvas del río, pasó una buena hora y media. Sin embargo, cuánta razón habían tenido, dijo Rosalie, al decidirse por la lancha en lugar de hacer el viaje, en un tiempo mucho menor, en el tranvía que pasaba por los horribles suburbios de la ciudad. Parecía gozar profundamente el encanto de la naturaleza que se les ofrecía en aquella excursión por agua. Manteniendo los ojos cerrados, iba

cantando una tonada alegre, que se perdía en el viento, el cual se tornaba, por momentos, casi tormentoso.

–¡Oh, viento de las aguas, te amo! ¿Me amas tú también, viento de las aguas?

Su rostro enflaquecido tenía un aspecto realmente encantador bajo el sombrerito de fieltro, con una pluma, y le sentaba admirablemente bien el liviano abrigo de lana de rombos rojos y grises y de cuello volcado. Anna y Eduard también llevaban abrigos, y sólo Keaton, que estaba sentado entre la madre y la hija, llevaba únicamente una chaqueta de tela frisada sobre un *pull-over* gris. El pañuelo le sobresalía mucho del bolsillo de la chaqueta y Rosalie, con un súbito movimiento, después de haber abierto de pronto los ojos, se lo metió profundamente en el bolsillo.

–Discreción, discreción, joven -dijo meneando la cabeza, en tono de reproche. Ken Keaton sonrió.

–*Thank you* -dijo, y luego quiso saber cuál era la canción que Rosalie había estado entonando.

–¿Canción? – preguntó ésta-. ¿Es que estuve cantando? ¡Oh, no era más que una tonadilla! ¡No era una canción!

Y entonces volviendo a cerrar los ojos, se puso a canturrear, moviendo apenas los labios:

–¡Oh, viento de las aguas, cuánto te amo!

Luego comenzó a charlar, dominando el ruido del motor de la lancha y obligada, a menudo, a sostener con una mano el sombrerito que el viento amenazaba arrancar de sus cabellos grises y ondulados; se complació imaginando cómo podría prolongarse la excursión por el Rin, más allá de Holterhof para llegar a Leverkusen y Colonia, y desde allí pasar de Bonn a Godesberg y Bad Honnef, a los pies del Siebengebirge. Aquel lugar era muy pintoresco y bonito, y en medio de viñedos y árboles frutales se hallaba, sobre el Rin, un sanatorio y una fuente de agua mineral alcalina que era muy buena para el reumatismo. Anna miró a su madre. Sabía que ésta sufría a veces de lumbago, y que en una o dos ocasiones había hablado de su proyecto de ir a comienzos de verano a Godesberg o a Honnef para tomar baños medicinales. En el modo que tenía de charlar Rosalie, entrecortadamente y contra el viento; había algo de mecánico que hizo pensar a Anna que la madre, aun en ese momento, estaba sufriendo los dolores de tal enfermedad.

Al cabo de una hora se desayunaron todos algunos emparedados de jamón y bebieron vino en los vasitos de viaje. Eran las diez y media cuando la lancha se detuvo junto a un ligero muellecito, inapropiado para los grandes barcos, que estaba construido en medio de la corriente, cerca del castillo y del parque. Rosalie pagó y despidió al barquero, porque todos habían convenido en regresar a Düsseldorf por tierra, en el tranvía. El parque no se extendía propiamente hasta la orilla del río. Tuvieron que echar a andar por un húmedo sendero que los llevó, a través de una charca, a un venerable y señorial parque bien conservado. Desde una elevada terraza

circular, con bancos de troncos de tejo tallados, arrancaban avenidas (de magníficos árboles, la mayor parte de los cuales estaba ya en flor, aunque muchos brotes se ocultaban aún bajo las relucientes cortezas pardas) que tomaban distintas direcciones; eran anchos caminos de paseo cuidadosamente cubiertos de guijo y cerrados a veces por arriba por las ramas de los árboles que se juntaban a manera de arco, pues corrían a lo largo de hileras, a veces dobles, de tejos, cipreses, tilos, castaños silvestres y altos olmos. También se veían árboles raros, llevados allí desde distantes países y plantados aisladamente en cuadros especiales; extrañas coníferas, hayas, secuoyas de California y cipreses de los pantanos con raíces adicionales en el aire, que Keaton hubo de reconocer.

Rosalie no demostró el menor interés por esas curiosidades dignas de verse. La naturaleza, opinaba, tenía que ser familiar, porque de otro modo no decía nada al alma. Y aun toda la magnificencia de aquel parque parecía no conmoverla particularmente. Elevando de vez en cuando los ojos hasta los soberbios árboles que allí se levantaban, iba andando silenciosa junto a Eduard, que marchaba detrás de su joven profesor de idioma y de la coja Anna, quien en un determinado momento consiguió cambiar esta disposición con una maniobra. Se detuvo de pronto y llamó a su hermano, para que le dijera los nombres de las avenidas por las que iban andando y del sendero que precisamente cruzaban en ese instante. Porque todas esas avenidas y caminos conservaban los antiguos nombres tradicionales, tales como Avenida de los Abanicos, Avenida de las Trompetas, etc. Luego, cuando volvieron a ponerse en marcha, Anna mantuvo a Eduard junto a sí y dejó que Ken caminara con Rosalie, detrás de ellos. El joven llevaba el abrigo que Rosalie se había quitado, pues en el parque no soplaba la más leve brisa y se sentía mucho más calor que en el río. El sol primaveral brillaba suavemente a través de las altas ramas, caía sobre los senderos y daba en los rostros de los cuatro caminantes, que parpadeaban deslumbrados. En su bien cortado traje sastre castaño, que moldeaba su juvenil y esbelta silueta, la señora von Tümmeler caminaba junto a Ken, lanzando de vez en cuando una mirada sonriente y velada al abrigo que pendía del brazo del joven.

–Miren, aquí están -exclamó, señalando una pareja de cisnes negros; pues en efecto se hallaban caminando por los alrededores del foso rodeado por álamos blancos. Y las aves, con prisa aunque mesuradamente, se deslizaron por las aguas un tanto viscosas, acercándose a los visitantes.

–¡Qué hermosos son! ¿Los reconoces, Anna? ¡Mira con cuánta majestad llevan los cuellos! ¿Dónde está el pan?

Keaton sacó de su bolsillo unos trozos de pan envueltos en un papel de diario y se los alcanzó a Rosalie. Estaban calientes por el calor de su cuerpo y ella, cogiendo un trozo, se lo comió.

–¡Pero si es viejo y está duro! – exclamó Keaton, haciendo un movimiento, empero tardío, para detenerla.

–Tengo buenos dientes -replicó ella.

Mas uno de los cisnes, que estaba muy próximo a la orilla, abrió sus negras alas y batió con ellas el aire, mientras alargaba el cuello hacia arriba con expresión de enojo. Todos se rieron de su codicia, aunque se sentían un poco intimidados. Luego dieron a las aves lo que les pertenecía. Rosalie les fue arrojando, pedacito tras pedacito, aquel pan duro, y los cisnes, nadando lentamente aquí y allá, los recogían con serena dignidad.

–Temo, sin embargo -dijo Anna cuando continuaron andando-, que ese diablo negro no olvidará fácilmente el robo que le hiciste de su comida. Durante todo el tiempo demostró que estaba irritado contigo.

–De ninguna manera -replicó Rosalie-; cierto es que, por un instante, temió que yo me fuera a comer todo el pan. Por eso, tanto mejor debe de haberle sabido.

Llegaron al castillo y al brillante y circular estanque que lo reflejaba en sus aguas, en uno de cuyos lados había una minúscula isla en la cual se levantaba un álamo solitario. En la amplia plazoleta de guijo, que se extendía frente a la escalinata que llevaba graciosamente a un ala del edificio, cuyas enormes dimensiones parecía borrar su extrema delicadeza y cuya fachada de color rosado se presentaba, a decir verdad, un poco descascarada, había mucha gente aguardando que comenzara el recorrido de las once de la mañana y que se entretenía examinando las figuras de las armas de los aguilonos, el reloj olvidado del tiempo y sostenido por un ángel, las flores labradas en la piedra que había puestas en los alto de las blancas puertas, y comparando todo esto con los datos de sus manuales. Nuestros amigos se mezclaron con esas personas y, como ellas, contemplaron la arquitectura feudal tan primorosamente decorada, hasta los *aeils-de-baeuf* que exhibían allá arriba las guardillas de coloreada pizarra. Por todas partes se veían figuras mitológicas ligeramente deterioradas; allí estaban Pan y sus ninfas sobre pedestales, junto a las amplias ventanas, un tanto descascarados, así como los cuatro leones de piedra que, con gesto adusto y las patas delanteras cruzadas, guardaban la escalinata y el patio.

Keaton estaba entusiasmado por la atmósfera histórica. Encontraba que todo era *splendid y excitingly continental*. ¡*Oh dear*, cuando uno pensaba en su prosaico país! Allí no había nada que se pareciera a esa aristocrática gracia decadente, porque no había habido príncipes electores ni landgraves que fueran capaces, en su soberanía absoluta, de entregarse a la pasión por las cosas magníficas, para honor propio y para honor de la cultura. Sin embargo, no tuvo una actitud muy reverente frente a la digna cultura que había sobrevivido al tiempo, cuando, para diversión de todos los que allí estaban aguardando, montó en el lomo de uno de aquellos leones, aunque éstos estaban provistos de un agudo perno, como los que muchos caballitos de juguete tienen para que el jinete pueda asirse de él. Ken cogió con ambas manos el perno y, gritando *Hi!* y luego *On, old chap!* hizo como si estuviera aplicando las espuelas a la

bestia y, a decir verdad, no podía haber presentado una imagen más cabal del entusiasmo juvenil.

De pronto se oyó el chirrido de los cerrojos del portón y Keaton se apresuró a apearse de su cabalgadura, pues el cuidador del castillo, un hombre que llevaba enrollada la manga izquierda de su chaqueta y vestía pantalones de militar, a todas luces un suboficial herido en la guerra, al que se le había compensado de su desgracia con ese tranquilo empleo, abrió una hoja del portal central e invitó a todos a entrar. El permaneció a un costado del alto marco y, haciendo pasar al público en fila, frente a sí, se las arregló con una sola mano, no sólo para vender a cada cual un billete de entrada, sino también para marcarlo. Mientras tanto, ya había comenzado a hablar; de su boca torcida salía una voz chillona en la que decía lo que se sabía de memoria y había repetido cientos de veces: que la decoración escultórica de la fachada había sido realizada por un artista a quien el príncipe elector había hecho llamar de Roma para tal fin; que el parque y el castillo eran la obra de un arquitecto francés; que el edificio era uno de los ejemplos más importantes del estilo rococó en el Rin, aunque exhibía ya algunos rasgos de transición del estilo Luis XVI; que el castillo tenía cincuenta y cinco salas y habitaciones y que había costado ochocientos mil táleros, etc.

El vestíbulo era frío y olía a moho. En él había ya preparadas en hilera unas gigantescas pantuflas de fieltro que fue menester calzarse, en medio de las risitas de las señoras, a fin de proteger los primorosos pisos de parquet que, ciertamente, casi constituían los objetos de mayor interés de las estancias a través de las cuales pasaron todos torpemente, deslizándose sobre las pantuflas y resbalando, guiados por el guardián manco. En cada habitación se podían admirar distintos trabajos de incrustación que representaban las más variadas formas de estrellas y fantasías florales. Sus brillantes superficies reflejaban, cual agua mansa, las figuras de los visitantes, en tanto que altos espejos, puestos entre columnas doradas, coronadas de guirnaldas y paneles de sedas floreadas enmarcados en filetes dorados, reproducían repetidamente las imágenes de los candeleros de cristal, las primorosas pinturas de los cielorrasos, los medallones y emblemas de caza y de música que estaban puestos sobre las puertas y, a pesar de los ultrajes del tiempo, aún conseguían evocar la ilusión de esas habitaciones que, abriéndose una tras la otra, se extendían hasta donde alcanzaba la mirada. En la redonda sala de banquetes, alrededor de la cual estaban de pie, en sus nichos, Apolo y las musas, el piso, en lugar de ser de madera, era de mármol, como el que revestía las paredes. Rosados angelotes descorrían una cortina pintada de la cúpula hendida, por la cual penetraba en el recinto la luz del día y de cuyas galerías, como dijo el guardián, llegaba en otra época la música hasta los comensales que se hallaban sentados a la mesa del banquete.

Ken Keaton caminaba junto a la señora von Tümmeler, a quien llevaba cogida por un codo. Todos los norteamericanos, cuando cruzan una calle, llevan de esta manera a la mujer que los acompaña. Habiéndose separado de Anna y Eduard en medio de ese

grupo de extraños, se mantuvieron inmediatamente detrás del guía que, con voz ronca, recitaba las frases de su texto y explicaba a la gente lo que estaba viendo. Según dijo, no veían todo lo que había que ver. De las cincuenta y cinco habitaciones del castillo (continuó diciendo y, siguiendo su rutinaria costumbre, por un momento su voz se hizo insinuante aunque el rostro de torcida boca permaneció por entero ajeno a lo que afirmaban sus palabras), no todas estaban abiertas sin más ni más al público. Las gentes de aquellos días se complacían mucho en los secretos y misterios, en lugares ocultos, en retiros que fueran accesibles, con todo, mediante simples dispositivos mecánicos... Como, por ejemplo, éste. Y entonces se detuvo frente a un espejo de pared que, respondiendo a la presión de su mano en un resorte, se corrió a un lado, con la consiguiente sorpresa de los espectadores, y dejó ver una estrecha escalera de caracol con un pasamano primorosa y delicadamente trabajada.

Al pie de la escalera, a la izquierda, se levantaba el busto de un hombre, coronado con una guirnalda de bayas y cubierto con un manto de hojas artificiales. Echado un poquito hacia atrás, sonreía mirando hacia abajo, por encima de su barba priápica y acogedora. La gente lanzó sus habituales ¡Ah! y ¡Oh!

–Etcétera -declaró el guía, como decía cada vez, y volvió a hacer que el espejo se colocara en su lugar.

–Y también esto -dijo un poco más adelante, haciendo abrir un panel, que en nada se distinguía de los otros, y que era una puerta secreta que, por un pasaje, llevaba a las tinieblas, de donde surgía un fuerte olor a moho-. Estas eran las cosas que les gustaban -dijo el manco-. Otros tiempos, otras costumbres -agregó luego con sentenciosa estupidez, y continuó la recorrida.

No era fácil mantener las pantuflas de fieltro en los pies. La señora von Tümmeler perdió una de las suyas, que resbaló por el liso piso un buen trecho. Y mientras Keaton, riendo, fue a buscarla, y mientras, de rodillas, volvió a calzarla en el pie de Rosalie, ambos se quedaron rezagados y separados del grupo de visitantes. De nuevo volvió a coger a Rosalie por el codo, pero ésta, con una soñadora sonrisa, permaneció de pie donde estaba, mirando cómo desaparecía, en otras habitaciones, el grupo; luego, siempre sostenida por el brazo de Ken, se volvió. Y pasó sus dedos por el panel que se abría.

–*You aren't doing it right* (no lo está haciendo bien) -susurró Ken-. *Leave it to me; it was here* (déjeme a mí; era aquí).

Encontró el resorte, la puerta obedeció y los envolvió a ambos el aire con olor de moho que provenía del pasaje secreto, en el cual se internaron algunos pasos. Los envolvían las tinieblas. Con un suspiro salido de lo más profundo de su ser, Rosalie rodeó con sus brazos el cuello del joven y él también abrazó el tembloroso cuerpo de la mujer.

–Ken, Ken, – tartamudeó Rosalie con el rostro apoyado en el cuello de Keaton-. Te amo, te amo. ¿No es verdad que tú lo sabes? No he podido ocultártelo del todo,

¿no es así? Y tú, tú, tú también me amas. Un poco, sólo un poquito. Dime, ¿puedes amarme con tu juventud, aun teniendo yo el pelo gris? ¿Sí? ¿Sí? ¡Ah, dame tu boca! ¡Por fin tengo tu joven boca, por la que me consumía! ¡Dame tus amados labios! ¡Así, así...! ¿Puedo besarte? Dime, ¿puedo hacerlo, dulce amigo, que has despertado todo mi ser? Todo puedo hacerlo, Ken, lo mismo que tú; el amor es poderoso, un milagro, y cuando llega produce grandes milagros. ¡Bésame, querido! ¡Por tus labios me consumía! ¡Oh, cómo me consumía! Porque has de saber que mi pobrecita cabeza urdía toda clase de razonamientos falsos, como por ejemplo que el libertinaje y la falta de prejuicios eran cosas que no convenían a mi ser y que, al vivir en contradicción con mis convicciones innatas de moralidad, me amenazaba la destrucción. ¡Ah, Ken, esos razonamientos son los que casi me destruyen y también mi deseo de ti! Y aquí estás tú, por fin aquí estás, y este es tu cabello y esta tu boca, y este el aliento que sale de tu nariz, y estos tus brazos, los brazos que me abrazan, que conozco, y aquí está el calor de tu cuerpo, al que acaricio, y el cisne se enojó conmigo...

No faltó mucho para que Rosalie se desplomara allí mismo; pero él la sostuvo y la condujo por el corredor que, poco más allá, parecía iluminarse un tanto.

Los escalones bajaban hasta el abierto arco de una puerta, detrás de la cual la turbia luz que llegaba desde arriba caía sobre una alcoba cuyos tapices estaban adornados con parejas de palomas. En aquella alcoba había una especie de sofá y detrás de él un Amor esculpido, con los ojos vendados, que en una mano sostenía algo parecido a una antorcha. Allí, en esa atmósfera ahogada, tomaron asiento.

–¡Oh, qué aire de muerte! – exclamó Rosalie acurrucándose contra el hombro de Ken-. ¡Qué triste es, Ken, amado mío, el que hayamos tenido que encontramos aquí, en medio de cosas muertas! En el seno de la bella naturaleza, acariciados por sus aires, en medio del dulce aliento de jazmines y alisos, soñaba yo que habría de besarte por primera vez, pero no en esta tumba. Detente, apártate, diablo, te perteneceré, pero no en medio de toda esta putrefacción. Iré a verte en tu habitación mañana, mañana por la mañana. Quién sabe, aún tal vez esta noche. Ya me las arreglaré. Inventaré cualquier excusa para engañar a la inteligente Anna.

Ken se dejó persuadir. Además, ambos estuvieron de acuerdo en que tenían que incorporarse al grupo de visitantes, ya fuera continuando por el camino que habían empezado, ya fuera volviendo sobre sus pasos. Keaton se decidió por continuar andando. A través de otra puerta abandonaron aquel muerto gabinete de placer y se encontraron en otro corredor oscuro que, haciendo una curva, iba ascendiendo; por fin llegaron a una puerta de hierro herrumbrosa que, a los vigorosos impulsos y sacudidas de Ken, se abrió y los llevó a un lugar de espesa vegetación, de correosas enredaderas y viburnos, tan espesa que apenas pudieron abrirse camino a través de ella. El aire del cielo abierto les dio en el rostro. Se oía rumor de agua. A pocos pasos caían unas cascadas, en amplios lechos, cubiertos de las tempranas flores de aquel

año, narcisos amarillos. Estaban en el jardín posterior del castillo. Precisamente en ese momento se acercaba a aquel lugar, desde la derecha, el grupo de visitantes, ya sin guía, y entre ellos se hallaban Anna y Eduard. Ken y Rosalie se mezclaron con los primeros que aparecieron, los cuales comenzaron a dispersarse frente a las fuentes y en dirección del arbolado parque. Resultó natural el que estuvieran allí, mirando en torno suyo, y que se dirigieran al encuentro de Anna y de Eduard.

–Pero ¿dónde habéis estado?

–Es precisamente lo que iba a preguntarte.

–¿Cómo es posible que nos hayamos separado de este modo?

Anna y Eduard, según dijeron, hasta habían vuelto sobre sus pasos por ver si encontraban a los ausentes; pero había sido en vano.

–Bueno, pues, no podían haber desaparecido del mundo -dijo Anna.

–Así como tampoco vosotros -replicó Rosalie. Pero ninguna de ellas miró el rostro de la otra.

Caminando entre arbolillos de rododendros, bordearon el ala del castillo y llegaron al lago que se hallaba frente a él y muy próximo a la parada del tranvía. Si el viaje en lancha, siguiendo las curvas del Rin, había sido largo, el de regreso, que hicieron en tranvía, fue relativamente veloz y ruidoso, a través de barrios fabriles y obreros.

Ambos hermanos cambiaban de vez en cuando alguna palabra entre sí o con su madre, cuya mano por un momento sostuvo entre las suyas Anna, porque la había visto temblar. El grupo se despidió en la ciudad, cerca de la Königsallee.

La señora von Tümmler no fue a visitar a Ken Keaton. Esa noche, cerca de la madrugada, fue presa de una grave indisposición que alarmó la casa. Aquello que, habiéndole vuelto por primera vez, la había hecho sentirse tan orgullosa y feliz, aquello que consideraba como un milagro de la naturaleza y la sublime obra de sus sentimientos, se renovó de modo desdichado. Había tenido la fuerza suficiente para llamar con la campanilla, pero, cuando su hija y la mucama llegaron presurosas a la habitación, la encontraron tendida y bañada en su propia sangre.

El médico, el doctor Oberloskamp, se presentó al punto. Habiendo hecho salir a Rosalie de su desvanecimiento, ésta se mostró sorprendida por la presencia del médico.

–¿Cómo, doctor, usted aquí? – dijo-. ¿Lo ha hecho venir Anna? ¡Pero si no me ocurre más que lo que suele ocurrirle a todas las mujeres!

–En ciertos casos, querida señora, esas funciones requieren vigilancia -replicó el médico de cabeza gris; pero a Anna le declaró resueltamente que era indispensable llevar a la paciente a una clínica ginecológica y que era preferible hacerlo en una ambulancia. El estado de la señora von Tümmler pedía un examen más minucioso que, según dijo el médico, bien podría demostrar, por lo demás, que el caso no era

grave. Desde luego que las metrorragias, la primera de que había oído hablar y esta segunda que presentaba síntomas alarmantes, bien podían ser causadas por un mioma que una operación podría extirpar fácilmente. En las manos del director y primer cirujano de la clínica, el profesor Muthesius, la señora Rosalie se encontraría seguramente protegida.

Inmediatamente se siguieron las indicaciones del médico, sin que la señora von Tümmler ofreciera resistencia alguna y en medio de la muda estupefacción de Anna. A todo lo que ocurría, su madre sólo miraba como desde una gran distancia, con los ojos desmesuradamente abiertos.

El examen de Muthesius reveló un útero demasiado grande para la edad de la enferma, el desarrollo anormal de un espeso tejido en el oviducto y, en el lugar de un ovario, ya muy reducido en sus dimensiones, un gigantesco tumor. La observación microscópica mostró la presencia de células cancerosas, algunas de las cuales eran característicamente ováricas; además otras indicaban sin duda alguna que células cancerosas estaban entrando en una faz de pleno desarrollo en el útero mismo. Toda la enfermedad mostraba síntomas de rápida evolución.

El profesor, un hombre de papada y rostro fuertemente enrojecido, de cuyos ojos azules y acuosos brotaban fácilmente lágrimas que no tenían la menor relación con su estado emocional, levantó la cabeza del microscopio.

—De condición extensiva -dijo a su asistente, el doctor Kneppergeres-; pero de todos modos operaremos, Kneppergeres. En todo caso, la extirpación total, hasta los últimos tejidos de la pelvis y todo el tejido linfático, puede prolongarle la vida.

Pero el espectáculo que se ofreció, una vez abierta la cavidad abdominal, reveló, a la blanca luz de los arcos voltaicos, a los médicos y enfermeras allí presentes, que aquello era demasiado terrible para abrigar siquiera una esperanza de mejoría transitoria. No sólo ya estaban afectados todos los órganos de la pelvis sino que también el peritoneo mostraba a simple vista la presencia de grupos celulares cancerosos; todos los ganglios del sistema linfático estaban asimismo afectados y ya no se podía tener la menor duda de que también un foco de células cancerosas alcanzaba al hígado.

—Pues estamos frescos, Kneppergeres. Probablemente esto es más de lo que se esperaba usted -dijo Muthesius. Pero no dejó ver que también era más de lo que él mismo esperaba-. Nuestro arte es noble -continuó diciendo con los ojos arrasados en lágrimas que nada significaban-; pero en este caso me parece que sería pedirle demasiado. Claro es que podemos extirpar todo esto. Si le parece observar metástasis en ambos uréteres, su observación es correcta. La uremia no puede tardar en presentarse. Piense usted que no niego que el útero mismo es el foco. Sin embargo, le aconsejo que acepte mi opinión según la cual todo esto tiene su punto de origen en el ovario, esto es, en una célula ovárica inmadura que a veces permanece allí desde el nacimiento y que después de la menopausia, en virtud de sabe Dios qué proceso de

estímulos, comienza a desarrollarse malignamente. Y entonces el organismo, *post festum*, si usted prefiere, se ve invadido, colmado, con hormonas estrógenas que llevan a una hiperplasia de la membrana mucosa del útero, con obligadas hemorragias.

Knepperger, hombre delgado, ambicioso y fatuo, se inclinó brevemente y, disimulando una mirada irónica, agradeció la lección.

–Bueno, vamos, *ut aliquid fieri videatur* -dijo el profesor-. Hemos de dejarle los órganos indispensables para que pueda vivir, aunque en este caso será un vivir muy melancólico.

Anna esperó a su madre en la habitación que se le había destinado, hasta que ésta fue subida por el ascensor, en una camilla, y metida en el lecho por las enfermeras. Cuando despertó de los efectos de la anestesia, comenzó a hablar incoherentemente.

–Anna, hija mía, me ha silbado.

–¿Quién, querida mamá?

–El cisne negro.

Y volvió a dormirse. En el par de semanas siguientes habló a menudo del cisne, de su pico rojo como la sangre, de sus aletazos negros. Sus sufrimientos fueron breves. La uremia pronto la sumió en un estado de coma y de profunda inconsciencia. Y además una neumonía doble, que se le declaró mientras tanto, no permitió que su corazón resistiera por mucho tiempo.

Sin embargo, momentos antes del fin, se le iluminó una vez más el rostro, durante unas pocas horas. Levantó los ojos hasta su hija, que, teniéndole cogidas las manos, estaba sentada junto a ella en la cama.

–Anna -dijo y hasta fue capaz de echar su cuerpo un poco hacia el borde del lecho para aproximarse a su hija y confidente-, ¿me oyes?

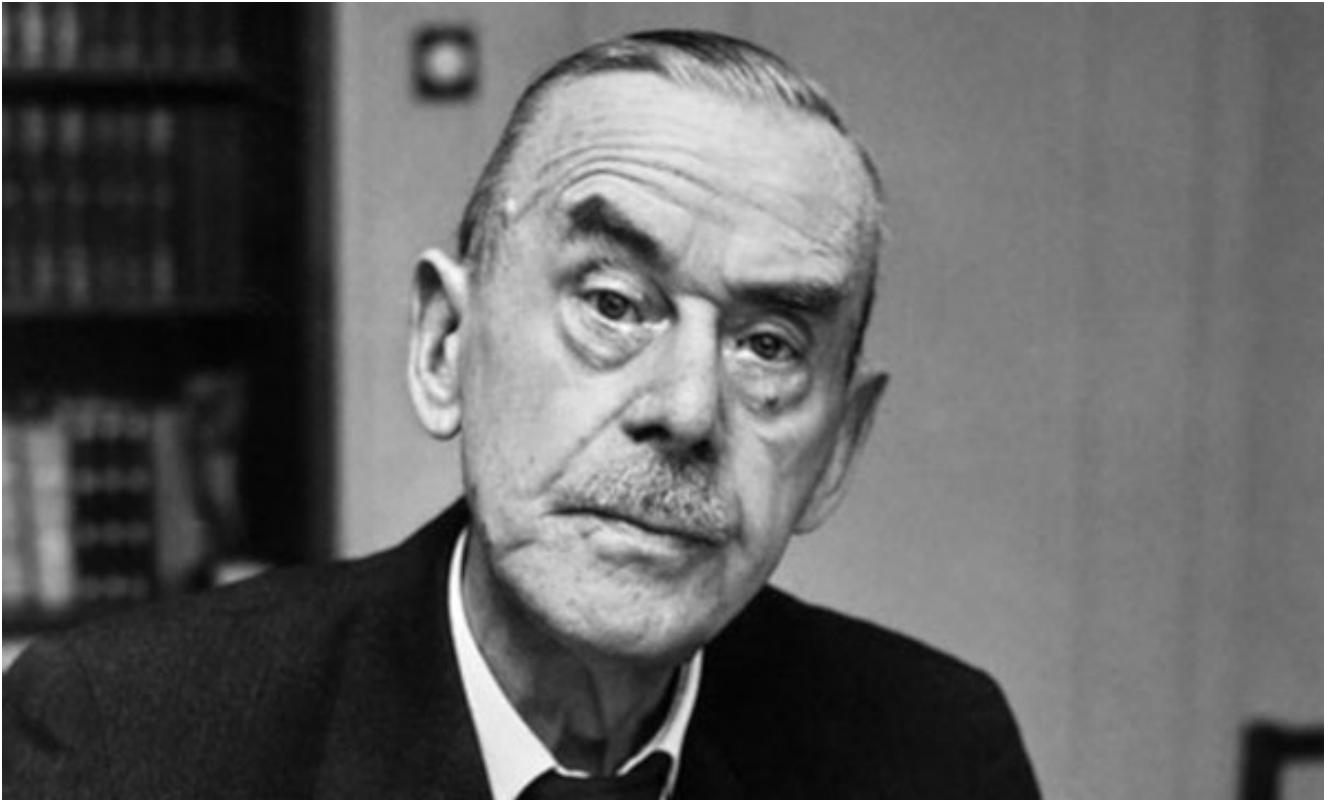
–Claro que te oigo, querida, querida mamá.

–Anna, no digas nunca que la naturaleza me engañó con cruel sarcasmo. No la injurias, así como yo no la injurio. Me voy a disgusto... A disgusto me separo de vosotros y de la vida con su primavera, pero ¿es que habría primavera sin la muerte? La muerte es un gran instrumento de la vida, de manera que si la muerte tomó para mí la forma de la resurrección y del goce del amor, no era eso una mentira, sino una gracia y un don.

Se acercó un poquito más aun a su hija y en un susurro desfalleciente le dijo:

–La naturaleza, a la que siempre amé, ha distinguido con amor a su criatura.

Rosalie murió de una apacible muerte, lamentada por todos los que la conocían.



THOMAS MANN. Nació el 6 de junio de 1875 en Lübeck, en el seno de una familia de comerciantes. Fue hermano menor del novelista y dramaturgo Heinrich Mann. Cuando su padre falleció, la familia se trasladó a Múnich, donde se educó Mann. Fue oficinista en una compañía de seguros.

Perteneció al comité de dirección de la revista satírica *Simplicissimus*, antes de dedicarse a la escritura como profesión. Estuvo influido por dos filósofos alemanes, Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche, aunque rechazaba las ideas de este último. Sus novelas se caracterizan por una reproducción precisa de los detalles de la vida moderna y antigua, por un profundo y sutil análisis intelectual de las ideas y los personajes, por un punto de vista distanciado e irónico, combinado con un profundo sentido trágico. Sus héroes son con frecuencia personajes burgueses que sobrellevan un conflicto espiritual.

Su primera novela importante, *Los Buddenbrook* (1901) narra la decadencia inevitable, a lo largo de varias generaciones, de una dinastía de ricos comerciantes ultramarinos de la señorial ciudad hanseática. Cuando apareció, provocó un gran escándalo entre la alta burguesía de la ciudad, por reconocerse en la ridiculez de algunos personajes de la obra.

Posteriormente escribe *Tonio Kröger* (1903), *La muerte en Venecia* (1912), que inspiró la película de Luchino Visconti, y la ópera de Benjamin Britten. En el Bildungsroman *La montaña mágica* (1924), su obra más famosa y una de las novelas más excepcionales del siglo xx, somete a la civilización europea a un minucioso

análisis. Entre sus obras posteriores se encuentran los cuentos *Desorden y dolor precoz* (1925), sobre el amor paterno, y *Mario y el mago* (1930), en el que señala los peligros de la dictadura fascista y la cobardía intelectual; la serie de cuatro novelas basada en la historia bíblica de José, *José y sus hermanos* (1934-1944), y las novelas *Doctor Faustus* (1947), *El elegido* (1951) y *Confesiones del estafador Felix Krull* (1954).

En 1929 le otorgaron el Premio Nobel de Literatura, pero en 1933 se exilió de Alemania tras la llegada al poder de los nazis. Residió en Suiza y después en los Estados Unidos (1938), en donde obtuvo la ciudadanía en 1944. En 1953 se estableció cerca de Zurich (Suiza), donde murió el 12 de agosto de 1955.

Fue padre del autor Klaus Mann y de la escritora y actriz Erika Mann.